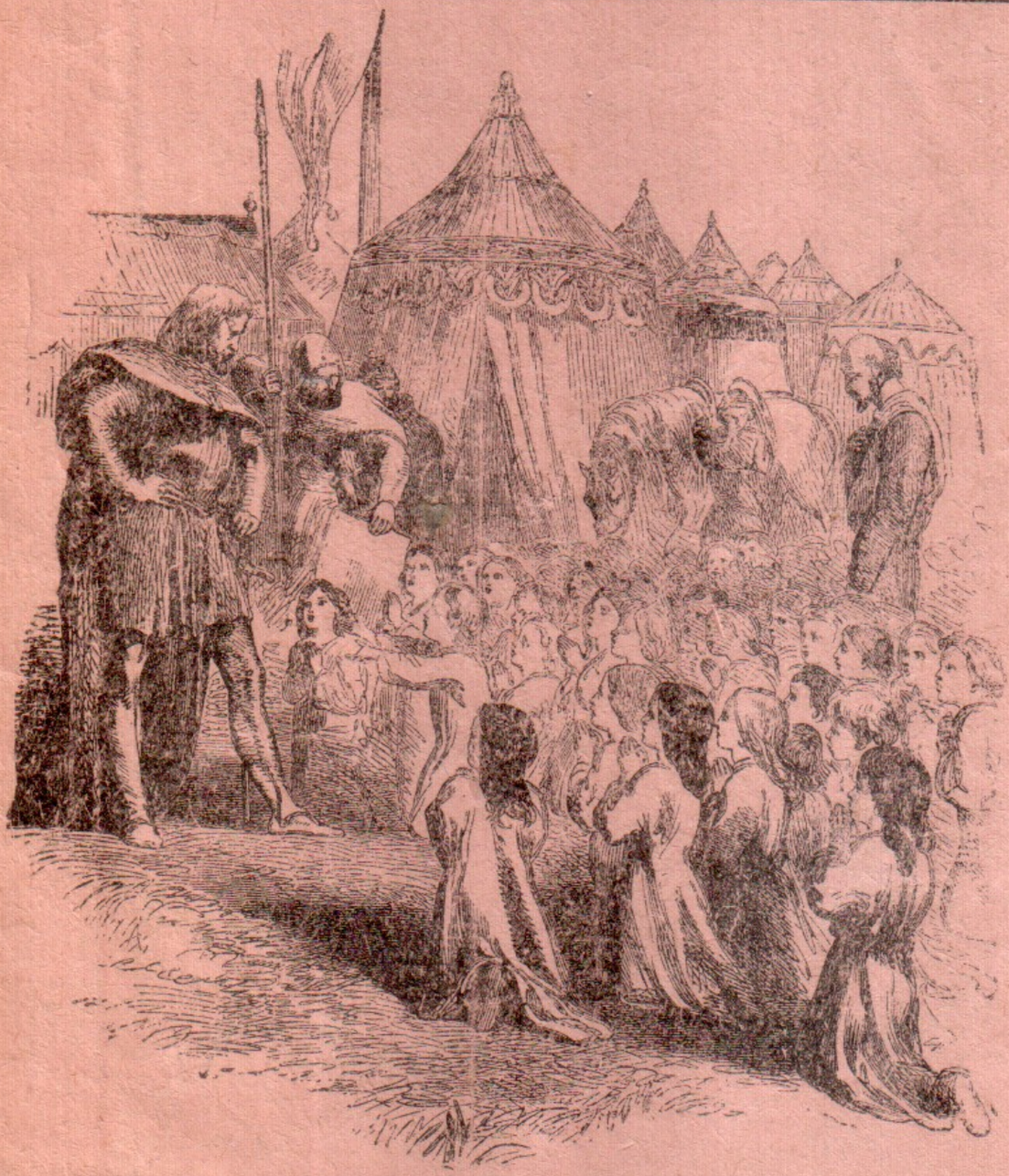
BIBLIOTECA POPULAR NUM. 10

EL TEJEDOR DE NUREMBERG

Como se Salvo Nuremberg de ser Arrasada a Sangre y Fuego por los Invasores Husitas

— COMPLETANDO 135.000 EJEMPLARES DE LA BIBLIOTECA POPULAR —



Arrodillados con las manitas cruzadas, los niños piden misericordia.

PUBLICADO POR LEONARD S. INGRAM. — LEANDRO VALLE No. 1. — MEXICO, D. F.

PRECIO $ 0.40 EJEMPLAR. [$ 0.10 U.S.A.] LIBRE DE PORTE

EL TEJEDOR DE NUREMBERG

CAPITULO I.

Esperando al Enemigo

Fué el día de Santo Tomás en el año 1430 que se oía el sonido de un tambor por las calles de Nuremberg. Stein, el tamborista de la ciudad, andaba capitaneando un pelotón de niños y niñas, manejando los palitos del tambor con mano diestra. Los niños silbaban, algunos con sus dedos, y otros con tubitos de carrizo y Stein parecía como el Ratonero de Hameln, quién conducía a los niños con silbido mágico o como la reina abeja, seguida por sus enjambres. Le dió gusto hallarse a la cabeza de la banda y sonriente aconsejó a los niños marchar al sonido de su tambor, cosa difícil para los pequeñuelos.

"¡A formar! ¡A formar! vienen los Husitas", dijo Stein chanceando, a ocho niños, de caras coloradas, cuyos rostros animados se veían oprimidos a los cristales de una pieza chica en el piso bajo de una casa por donde pasaba. Hubo un anuncio por la parte superior de la puerta, que decía: "Aquí vive el Tejedor de lino, Adrián Lobo" quien era pobre en bienes materiales, pero rico en niños; y se puede agregar, de una mente contenta y feliz.

Cuando Lobo oyó la chanza que Stein dirigió a los niños, apresuradamente puso a un lado su lanzadera, se bajó del banco y se paró detrás de sus niños, como un árbol alto entre unos arbustos.

"Stein, Stein", dijo sonriendo, pero con tono de reproche, no grites "Lobo". El enemigo vendrá demasiado pronto de sí mismo".

"No es nada", contestó Stein y pasó, seguido por su numeroso ejército de tamboristas meritorios.

Los niños de Lobo miraban tras ellos con grandes ganas, a la par que su papá dijo a su esposa: "Ursula, mujercita; traeme mi espada y mi lanza Stein está llamando a entrenarse a los ciudadanos".

"Es tiempo y trabajo perdidos" contestó Ursula, "la lanzadera del tejedor viene mejor a tu mano que la espada y la lanza. No te es posi-

ble matar a una gallina, ¿cómo podrás pues abrir la cabeza de un hombre con tu espada o traspasarle con tu lanza?"

"¡Tenes razón, mi querida Ursula dijo Lobo con una sonrisa cariñosa, "si todos los hombres pensaran como yo, no habría espadas ni lanzas, ni guerras, ni batallas".

"Eso yo sé muy bien", contestó Ursula, y me da pena ver cuánto tiempo estás obligado a perder, entrenándote en vez de estar trabajando en tu taller".

"Bien, si no sirvo para pelear", contestó Lobo, a menos taparé una portilla en las filas, y puedo servir de espantajo, que como yo, no hace nada y con todo sirve para ahuyentar a las aves voraces del trigo".

"Papacito", dijo Juan el hijo mayor, un jovencito de unos 12 años, "déjame ir en tu lugar. Creeme, no tengo miedo ante los enemigos más salvajes; con mi lanza traspasaría a todos y a cada uno de ellos".

"Oh ¡Juan sin miedo!, tú hablas de traspasar al enemigo y ayer no pudiste trozar el pescuezo de un pichón", dijo su hermana Beatriz.

"Es cierto que no puedo así tratar a un pichón; eso es muy distinto", contestó Juan, "esas criaturas tan mansas y amantes que tanto quiero, y que saben alimentarse de mi mano. No es posible que yo les haga daño, pero a los Husitas, les cortaría en pedacitos si pudiera. Fígurense, si un salvaje coyote entrara ahorita y se lanzara sobre papá o mamá, ¿No pelearían todos ustedes por ellos?"

"Sí, sí", dijeron todos los niños a uno.

"Yo echaría mano a la espada de papá", dijo Guillermo.

"Yo agarraría las tijeras grandes", dijo Beatriz.

"Yo agarraría todos los alfileres y las agujas del cojín de mamá y los metería en sus piernas", dijo Rubén.

"Yo le arañaría", exclamó Martín.

"Yo menearía la caña", tartamudeó Bertha, que apenas tenía 3 años, "y yo", dijo Conrado jactándose, y que tenía casi 7 años de edad, "yo le aventaría el banco de mi papá".

Estas manifestaciones belicosas trajeron una censura blanda de parte de su papá, y se evaporó todo el ardor de los niños. Y Lobo, echando mano a sus armas, abandonó la casa.

Los niños corrieron a la ventana y lo observaron hasta que desapareció, cuando de nuevo, volvieron a sus labores.

Juan tomó el lugar de su papá en el telar, donde tiró la lanzadera como un perito, otros de los niños menores cardaban e hilaban el lino. Otros, lo desenredaban y todos se afanaban a ser útiles, menos Juan, quien no pudo concentrarse en su trabajo.

Estuvo inquieto en el banco y sólo pensaba en su papá entrenándose con los demás.

"¡Ay!" se quejó, "ojalá que yo fuera hombre que pudiera usar espada y lanza. Mamacita" dijo, después de un rato, "déjame salir un poquito, para ver cómo papá y los demás ciudadanos se están ejercitando".

"No, hijo mío", contestó la señora Lobo, "recuérdate que somos diez bocas por todas. Es bastante malo que nos falte el mejor par de manos que estén ocupadas en quehaceres inútiles a nosotros. Nos toca trabajar más duro".

Esta amonestación tuvo su resultado bueno. Juan volvió al telar con doblados esfuerzos, reprimiendo su ansia de ver el espectáculo que tanto a él y a sus hemanos y hermanas pequeñas gustaba.

Cuando el señor Lobo llegó al lugar dónde estaban entrenándose, los ciudadanos ya reunidos, le dieron la bienvenida con saludos amistosos, mezclados con burlas y chanzas.

"Aquí viene nuestro Caudillo" dijeron, riéndose al ver que se acercaba Lobo. Su figura, medio doblada, y sus brazos y piernas tan flojas, parecían de todo, menos de soldado.

"El "Goliat", Lobo hará huir al enemigo solito! Mira cómo su lanza resplandece en la luz del sol. Sin duda su espada tiene mejor filo que las nuestras, ¡hola! ¿cuántos de los enemigos quieres que te sean proporcionados? ¿cincuenta serán demasiados ¿o serán demasiado pocos?"

Después de estos chistes, a los cuales Lobo se limitó a contestar por una sonrisa de buen humor, los chistosos le apretaban la mano cordialmente y platicaban familiarmente con él. Sólo Schelle, el encargado de los baños municipales, seguía atormentándole.

En tiempo antiguo, cuando el arte de curar todavía estaba en su cuna y la mayoría de las medicinas que en la actualidad se encuentran en las droguerías todavía no se conocían; los remedios para las enfermedades eran pocos y sencillos. Generalmente eran medicinas externas, ocupando el primer lugar, baños frecuentes. Esto tuvo por consecuencia que en todas las ciudades importantes habían sido construídos baños, bajo la dirección de un maestro.

Al paso que se iban multiplicando los remedios, la costumbre de bañarse en agua común fué abandonada, poco a poco; y los maestros se hicieron peluqueros y se encargaban no sólo de arreglar las barbas y de cortar el pelo, sino también de curar las enfermedades de sus parroquianos.

El Maestro Schelle que no rasuraba las barbas de sus prójimos, pues no era la moda, sino recortaba su pelo, era el mayor hablador y fanfarrón de Nuremberg. Aunque Lobo fué su primo no paró de sus chanzas, sino hasta cuando se impusiera silencio y empezó el entrenamiento.

Hábil y rápido fué Lobo en su oficio, pero en los ejercicios militares era notablemente torpe, siendo reprendido constantemente por su oficial y a la vez, dando motivo a sus compañeros a reírse de él.

Una vez sucedió que no oyendo bien la orden, se volteó a la derecha en vez de a la izquierda. Los tres hombres detrás de él, tan chambones como él, siguieron su ejemplo y he aquí los cuatro marchando exactamente en la dirección opuesta a la seguida por los demás. Excu-

sado es decir que el gentío que presenciaba estos ejercicios, se rieron a carcajadas. Lobo, lejos de sentirse ofendido por ser causa de risa también se reía con ellos, aunque hizo lo mejor que podía para no dar motivo a otro escándalo.

Con todo, se sentía cansadísimo con sus esfuerzos no acostumbrados, anhelando cambiar otra vez la lanza por la lanzadera. Dijo para sí que el canario jamás puede cambiarse en zopilote, y que el ratón nunca llegará a ser gato.

Schelle buscó luego oportunidad de atacar de nuevo a su primo pacífico. "Tu apellido debería ser Cordero, no Lobo", le dijo", si el enemigo nada más te mirara caerías muerto, y si tienes que defenderte con tu lanza ,por temer rasguñarles, usarías el puño en vez de la punta. Tus hijos son diez veces más valientes que tú. En cuanto a mí, yo no tendría miedo de miles de ellos; que vengan tan pronto como quisieran".

Lobo contestó a esta jactancia con una sonrisa, diciendo apaciblemente: "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados los hijos de Dios".

El Tejedor pacífico se sentía bien contento cuando se dió por terminado el entrenamiento y podía regresar a casa. A pesar de sentir los brazos muy adoloridos, despedía a Juan del telar, para continuar él mismo, y dió permiso al muchacho a seguir a los ciudadanos hasta la plaza donde fueron despedidos.

Cuando Stein empezó a tocar su tambor, inmediatamente fué rodeado de muchos muchachos holgazanes que tenían celos del poseedor de un juguete tan ruidoso.

Como Schelle, también a Stein le agradó mucho hablar. Era de buen humor pero era más mentiroso que él. Dirigiéndose a los muchachos, dijo: — "Si nuestro entrenamiento es para vencer a los Husitas todo es de balde. Lo único que vale es posesionarse de su tambor mágico".

¡Un tambor mágico! "exclamaron los niños, asustadísimos.

"Sí, un tambor mágico", contestó Stein con toda seriedad. "Cuando yo era soldado en el ejército del Duque de Sajona, de apellido el Guerrero, nos atacaron los Husitas cerca de Aussig y oí el sonido del tambor mágico a lo lejos. Al momento que lo oímos yo y mis compañeros nos sentimos vueltos a piedra y el enemigo fué inspirado por una furia irresistible. Nos sentimos completamente indefensos y un pánico tan extraordinario se apoderó de nuestras piernas que no pudimos hacer otra cosa, sino correr desordenados hasta no oír el tambor mágico y hasta perder de vista a los enemigos. Por ésto me dieron de baja, pero ¿qué puede hacer la valentía más temeraría, opuesta a cosas de brujería?"

"Los Husitas han de ser unos hombres horribles", dijo una niña tierna, estremeciéndose.

¡"Hombres!" contestó Stein, "más parecen leones, tigres, leopardos".

"¿A qué se parecen esos Husitas?", preguntó uno de los jovencitos que estaba escuchando!

"Son como lobos, y osos lanudos", contestó Stein" pues se acostumbran tener las barbas tan largas que casi llegan a su rodillas. Su cabello es como la crín de un león, sus dientes como los colmillos de un jabalíe salvaje y su cabeza tan enorme es como una calabaza grande puesta entre sus hombros anchos. En sus manos deformes, tienen uñas largas y torcidas como las uñas del águila".

Los niños se estremecieron al oír y especialmente las niñitas se miraron horrorizadas.

"No tengan miedo", dijo Juan, animándolos. "Nuestra ciudad tiene murallas altas y fuertes, un foso de agua ancho y ciudadanos valientes que bien pronto echarían a correr a los Husitas, si les ocurriera el pensamiento de trepar nuestras murallas".

"Sí", contestó Stein riéndose. "Especialmente si tu papá estuviese a la cabeza, sin duda él despacharía a cien Husitas. Yo creo que en su corazón él ya es medio Husita", agregó.

"Veremos, contestó Juan, enérgicamente", quién en Nuremberg tiene el corazón más esforzado. Un día tendrá usted que pedir perdón de mi papá por sus chistes".

"Con mucho gusto", contestó Stein, mofándose; y cargando el tambor, se fué.

CAPITULO 2.

Aparece la Peste

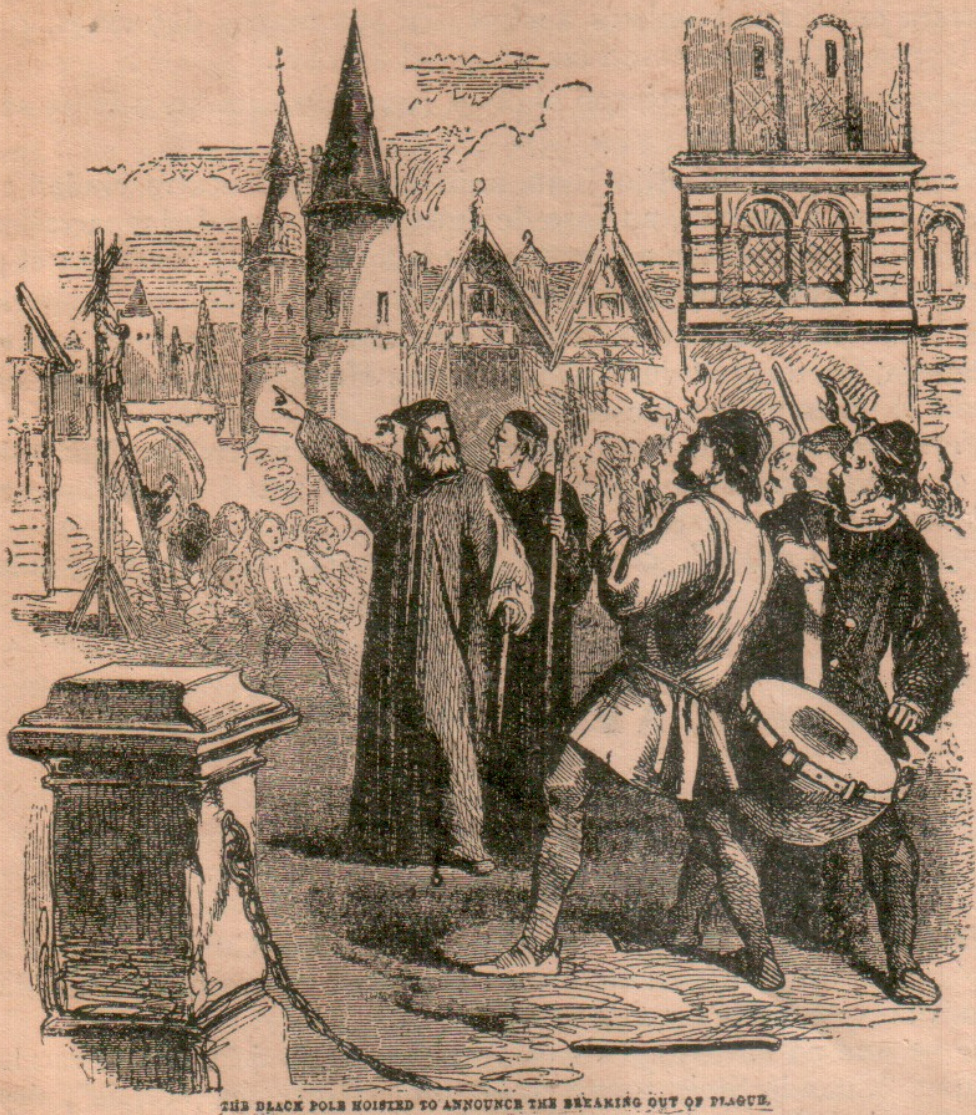
"Está tocando el tambor de nuevo", exclamó Guillermo dos días después. "Seguramente viene muy cerca el enemigo o los ciudadanos no tendrían que entrenarse tanto".

"Se ve que no entiendes los diferentes modos de tocar el tambor", dijo Juan. "Cuando Stein toque como ahora, "tere, de, tere, de", significa que los ciudadanos tienen que reunirse en el salón para una junta y no para entrenarse. ¡Mira! papá ha tomado nada más su sombrero se va sin espada, ni lanza".

"¿De qué se trata? preguntó Rubén.

"Nada de bueno, "contestó la madre, quejándose; y luego animó a sus niños a atender sus labores, trabajando industriosamente en la ausencia de su papá. El señor Lobo, sin murmurar de esa nueva interrupción, se fué a la junta.

El señor Presidente de Nuremberg, Herr Pankratz Adler, se adelantó con las demás autoridades y su noble rostro llevaba señas de ansiedad y tristeza. "Amigos y hermanos míos", dijo con gravedad, "hemos llamado a ustedes a esta junta, por motivo de un asunto im-



THE BLACK POLE HOISTED TO ANNOUNCE THE BREAKING OUT OF PLAGUE.

Cada uno exclamó:

¡La plaga! ¡La muerte negra!

portantísimo y de grande urgencia. Mientras reparamos y reforzamos las murallas de nuestra ciudad, y profundizamos más el foso y nos hayamos entregados al entrenamiento en el uso de las armas para alistarnos contra el ataque de un enemigo; otro enemigo, más formidable, se ha introducido en nuestro medio, silenciosamente y sin oposición Contra él ni murallas, zanjas, fortines, armas ni valor sirven. ¿Preguntan el nombre de ese enemigo? ¡Miren allí! y no tendrán necesidad de preguntar! "Los ojos de todos siguieron ansiosamente la mano del Presidente, dirigida hacia una casa en la misma plaza. Y cada cara se palideció al contemplar un palo alto, con un manojo de paja tiznada, que en este momento un aguacil estaba colocando ahí.

Ningún grito escapó de los labios de la multitud, pero en su corazón cada uno exclamó: "¡La plaga, la muerte Negra!"

La voz del Presidente rompió el silencio terrorífico. "La pestilencia, que sigue irremisiblemente a la guerra y hambre, nos ha invadido, y ¿quién entre nosotros puede ahuyentarle? Nos resta únicamente suplicar a Dios, que evite que el angel de la Muerte entre a nuestros hogares. Es preciso tener la más esmerada prudencia, y no sentir demasiada ansiedad. Hay que emplear todos los medios posibles para evitar que se propague y hacer todo lo que cabe para aliviar los sufrimientos de los enfermos y de los moribundos. Cada uno entre nosotros, por lo tanto, tiene que evitar intemperancia en comer y beber, en trabajar y dormir, y guardarse de resfriarse y de pensamientos agitados. Hay que estar constantes en oración y cada uno debe poner toda confianza en el Salvador, de todo corazón. A más de ésto que nadie se arrime ni toque a los que han caído enfermos; que rieguen vinagre en los pisos de todos los cuartos y los desinfecten con enebro quemado. Hay que mascar bayas de enebro antes del desayuno, de la comida y de la cena, y mientras caminan por las calles. Al sentirse enfermo, debe acostarse luego y mandar llamar al Médico. En frente de las casas donde hay enfermos, es preciso todos los días prender hogueras de enebro y pino, para que el humo purifique el aire. Y por fin, hay que buscar un hombre, semejante a José de Egipto, quien se encargará del cuidado de los enfermos con intrepidez, prudencia y fidelidad extremada. Ayudado de otros, quienes serán encargados de acompañarle, este hombre tendrá el deber de visitar todas las casas atacadas por la plaga y ver que sean aisladas estrictamente de los demás. Dicho hombre tendrá que señalar sus deberes a las enfermeras y proveer por los dependientes de los enfermos. Tendrá que ser el consejero, el consolador y amigo de los enfermos, recibir el último testamento de los moribundos y llevarlo a cabo. En fin, tendrá que ser el medio de comunicación entre los infectados y los sanos, entre la muerte y la vida. No ignoramos que es una tarea, a la par difícil y exigente, un puesto que nadie aceptaría por ningún dinero que se pueda ofrecerle. El hombre que aceptara este trabajo, ha de sentir el amor desinteresado de un corazón piadoso y benévolo. Tendrá que consagrar todas sus facultades y aún su propia vida al bien de la colectividad. ¿Quién entre ustedes, hermanos

míos, siente dentro de sí, un llamamiento a este empleo honorable? ¡que se adelante y recibirá las gracias de sus hermanos!"

El Herr Adler dejó de hablar. Su ojo de águila repasaba la muchedumbre delante de él. Hubo un silencio profundo y prolongado. Cada hombre miró a su compañero, pero nadie se adelantó para tomar el cargo ofrecido. Esperó un poco y luego habló de nuevo Herr Adler. "¿No hay, ni uno, entre todos mis compañeros que, en pró del bien de todos, tomaría a su cargo el puesto peligroso? ¿tendrán menos patriotismo, los ciudadanos de Nuremberg, que aquel pagano romano, que sin ser requerido, se echó en el abismo, abierto en el mercado de Roma por un temblor que, según el oráculo, únicamente se cerraría, mediante el sacrificio voluntario de un hombre? ¿No hay nadie que resolverá a seguir las pisadas de su Salvador, quien entregó su vida preciosa en la cruz por nosotros pecadores?"

En vano esperaba el Sr. Presidente una contestación afirmativa; hubo murmullos indistintos, toses simuladas y miradas embarazadas y nada más.

"Nos parece", volvió a hablar el Presidente, "que conocemos al hombre indicado, cuya vocación le tiene ya familiarizado con el peligro, enfermedad y muerte; uno, mejor experimentado de ayudar a los enfermos con su cabeza y manos que nadie entre nosotros, y por lo tanto perfectamente capacitado para encargarse de esta empresa difícil. Nos referimos a Ud. ciudadano Schelle", dijo Herr Adler, acercando al Maestro del baño y poniéndole la mano en el hombro, "Ud. es un hombre valiente. Ud. entiende el cuidado y el manejo de los enfermos. Ud. no tiene miedo".

Schelle se palideció y su lengua locuaz por un momento se paralizó. Al fin tartamudeaba, "perdonadme, excelentísimo Presidente; si una muerte ordinaria es formidable ¿cuánto más la Muerte Negra? pues no hay nada de esperanza de alivio. Si me permite dar un consejo, sería que la casa atacada por la plaga debe ser, con todos los que viven ahí, incendiada y reducida a cenizas. No ignoro que es un remedio de desesperación pero es el único más seguro bajo la luz del sol".

El Presidente Municipal se creyó engañado, pero un susurro universal de indignación de todos los presentes le convenció que era cierto lo que oía. Estuvo a punto de darle una buena regañada por su consejo tan impío, cuando uno de su consejo le tocó y le dijo algo al oído. El Presidente entonces se dirigió a Schelle con tono muy solemne: "Schelle, Herr Kunath me acaba de dar la noticia tremenda que la Muerte Negra está precisamente en su casa de Ud. y que su esposa y su niño menor han sido víctimas de ella. El peligro pues camina con pasos gigantescos y no hay duda que hay justificación de sobra para obrar conforme a su consejo. Empezaremos entonces por su casa, incendiándola con todos los seres adentro".

¡Seguramente Schelle se había caído en la misma zanja que había labrado! Lleno de terror, sus rodillas temblaban y a poco cayó al suelo sin sentido. Apretándose las manos y con una voz deplorable,

gritó: "¡Oh! mi Presidente, ¡tenga misericordia! ¡evite que perezca mi esposa y familia! El consejo que dí fué insensato y aún inhumano. No era yo sincero cuando hablé de incendiar las casas. Además, si es verdad que la pestilencia cunda con tanta rapidez, reducirían a cenizas la mitad de la ciudad. ¡Tenga misericordia! ¡revoque Ud. la orden y perdone al inocente!"

"Lo que no quisiera que le hiciera, jamás debe Ud. hacer a otro", contestó el Presidente con austeridad. "Ud. se ha olvidado totalmente, Schelle, del mandato del Salvador que dice: "Lo que queréis que os hiciere a vosotros los hombres, hacedles vosotros a ellos". Esta vez ha sufrido Ud. nada más el susto, porque lo que dije era únicamente para enseñarle su inhumanidad. Hasta estos momentos la pestilencia no ha tocado su casa. Le pregunto, pues, de nuevo ¿quiere Ud. encargarse de esta obra cristiana, que en el nombre y con la autoridad del consejo le ofrezco?"

"Perdonadme vuestra excelencia", contestó el maestro de baños, recobrándose inmediatamente de su susto, "tengo una esposa y tres niños que podría yo infectar si me encargara de la obra. Además, mis servicios médicos al resto del Pueblo son indispensables ¿quién sangraría y aplicaría ventosas? ¿quién vendaría las heridas? ¿quién asistiría a los baños si yo me hallo aislado de todos, por una ocupación de semejante peligro? considere Ud. bien y escoja a un hombre solo, cuya pérdida no importará tanto como la mía, que sería irreparable. Decir la verdad me encararía con el temible enemigo con más ganas que tener que ver con la pestilencia".

"Bien, no podemos hacerle por la fuerza y contra su propia voluntad, encargarse de este empleo tan peligroso, pero altamente honorable", dijo Herr Adler. "¿No hay otro? No hay otro remedio pues, que yo, el Jefe y Padre d emis conciudadanos, me encargaré de los enfermos. Me hubiera ofrecido desde el principio, pero creí ser más necesario en otra capacidad. Amigo Schifer", volteándose el Presidente al consejero de más edad, "a Ud. hago entrega de mi autoridad como Presidente, por el tiempo necesario para mis nuevos deberes"; y dirigiéndose a los ciudadanos ahí reunidos, agregó: "Yo debo exigirles a ustedes, que muestren la misma obediencia a mi amigo y representante, que siempre me han mostrado a mí. Dado el caso que caiga yo víctima a esta enfermedad mortal, tendrán como mi sucesor, al Consejero Schifer y pronto se olvidarán ustedes de mí. ¡Amigos y conciudadanos! están ustedes despedidos; váyanse en paz y que vaya Dios con ustedes".

El silencio profundo con que los ciudadanos habían escuchado al Presidente, dió lugar a un zumbido de aprobación, indignación y desprecio, producido por la resolución del noble Presidente y por el egoísmo cobarde de Schelle.

Muchos rodearon a su generoso Jefe, apretando calurosamente su mano; y aunque algunos con lágrimas en los ojos, querían persuadirle a abandonar su propósito, no hubo nadie que se ofreciera a tomar su lugar.

Ya se había dispuesto el Presidente a retirarse, cuando Adrián Lobo se adelantó de la muchedumbre y se dirigió hacia él diciendo: "Excelentísimo, Herr Presidente", dijo en una voz serena y queda; "Ud. sabe que yo soy un sencillo Tejedor de Lino, por lo tanto guardé silencio hasta estos momentos, no queriendo ofrecerme para un puesto que debe ser ocupado por un hombre muy diferente y de más méritos que yo. He visto, sin embargo, que ningún otro tiene voluntad de aceptar el trabajo, y en vista de que la pérdida a la Ciudad que resultaría si Ud. muriera, sería irreparable, he resuelto, en el nombre de Dios, a consagrar mis pobres servicios a los enfermos de la plaga. Trabajaré con todo mi corazón, y espero que nuestro Dios, quien perfecciona su fortaleza en nuestra debilidad, me dará la discreción y habilidad necesarias. Aceptadme pues, como soy, Herr Presidente. No dudo que Dios me dará su bendición en esta obra. Amén".

La figura del tejedor, generalmente doblada, ahora se veía tan derecha como una flecha, y en su rostro pálido y delgado pero benévolo, se veía una expresión de profunda humildad y de celo piadoso, que un murmullo de sorpresa y aprobación se oía entre el gentío.

El Presidente Municipal miró con honda emoción en la cara del honesto tejedor. Después de una pausa momentánea, dijo con toda solicitud, "Lobo, bien y abnegado amigo, ¿es necesario que yo le recuerde que tiene Ud. una esposa fiel y ocho niños cariñosos y obedientes, y que por su muerte, Ud. dejaría su esposa, una viuda y sus niños huérfanos sin padre? ¿y que pueda ser que los contagiara con la plaga?"

"No lo olvidé" contestó Lobo; "mi esposa y niños constituyen mi tesoro terrestre más apreciado. Pero la felicidad de los individuos tiene que sacrificarse a bien de la mayoría; y no era en vano que Ud. nos hiciera recordar de nuestro Salvador, quien, siendo Señor de todos los Señores, entregó su vida preciosa sobre la Cruz por nosotros pobres gusanos de la tierra. ¿Será posible que un tejedor insignificante apreciara más su vida que la de El? Dado el caso que me fuera requerido, moriría persuadido que ustedes no dejarían morirse de hambre a mi esposa y niños".

"Toda la Ciudad se encargará de ellos", contestó Herr Adler profundamente conmovido, "y ellos jamás carecerán de lo necesario. Pero dígame, ¿de dónde ha encontrado Ud., de quién siempre se han reído los demás por su mansedumbre y su carácter tan pacífico, el valor suficiente para mirar con tanta intrepidez en la cara de la misma muerte?"

"Viene de lo alto" contestó Lobo, modestamente señalando hacia arriba, "de donde toda buena dádiva viene". El Presidente ahora, con todas las formalidades, le entregaba el cargo importante de protector de los enfermos, y los demás del Consejo, le felicitaron y apretaron cordialmente la mano, agradeciendo en el nombre de todos los habitantes de Nuremberg su devoción tan abnegada. Los demás ciudadanos le rodearon, sacudiendo con tanta energía la mano, que su brazo le dolía. Cada uno alababa al tejedor, antes despreciado, como

el hombre más valiente y más generoso; mientras que el jactancioso maestro del baño fué tratado con el desprecio que merecía. Al ser despedida la Asamblea, Lobo dirigió sus pasos hacia su hogar, y, previendo la lucha difícil que le esperaba ahí en el camino buscaba fuerza espiritual en oración silenciosa y ferviente.

CAPITULO III.

El Premio de la Abnegación

Sucedió como el Sr. Lobo temía. Cuando Frau Ursula entendió que su marido se había encargado de ese trabajo peligroso, con fuerte clamor le acusó de faltar en cariño para ella y para sus hijos; de exponer la vida sin justificación, por causa que seres para los cuales no tenía responsabilidad. "¡Qué te importan los que están atacados de la plaga" dijo enojadísima, "¡debes estar en tu casa, en medio de tu familia, trabajando en tu telar y no andando en casas donde impera la Muerte Negra! ¡Mira a nuestros hijos tan desarrollados, tan sanos, robustos y rubios, y ahora después de tantos años de cuidados, trabajos, abnegaciones y ansias, ¿quieres exponerlos a que mueran en unos cuantos días? díme, ¿que tan grande suma de dinero te han ofrecido por las vidas de tus hijos? ¿en qué grande cantidad te hayas entregado, tú y tu familia a la Muerte Negra? Siendo pobres, ¿no éramos felices? ¡más que el mismo Presidente Municipal! ¡Hijos! ¡Juan! ¡Beatriz! todos! suplicad a nuestro padre! a no vender nuestras vidas, a no haceros huérfanos! ¡rogadle alejar de nosotros la Muerte Negra!"

En un momento Lobo fué rodeado de sus niños. Unos agarraban sus manos. Otros frotaban sus mejillas. Otros abrazaban sus rodillas y todos a uno le asaltaron con cariñosas peticiones ardientes mientras la mujer lloraba tan amargamente que se derretiría un corazón de piedra, sólo viéndola. Pero Lobo el tratable, humilde y manso, no se dejó influír y su resolución quedó inflexible.

"Esposa Ursula", dijo él, esforzándose para desembarazarse de los niños, "cuando ves a alguien a que amas, hundiéndose bajo una carga pesada, ¿agregarías otra más? ¿no le tenderías la mano para aligerarla? Se me ha impuesto una carga pesada, que por causa tuya por poco me aplasta. Pero el mandamiento de mi Salvador, la voluntad de nuestro Presidente y mi deber como ciudadano me la imponen y no me es posible abandonarla. Cristo, Nuestro Señor, ha dicho que es preciso que pongamos nuestra vida por los hermanos, que cualquiera que quisiera salvar su vida, la perdería; y que cual-

quiera que perdiera su vida por causa de él, hallaría la vida eterna! Si fuese la voluntad de Dios, la Muerte Negra nos alcanzará, aunque no nos aproximáramos a las casas infectadas; mas si al contrario, le pluguiese alargar nuestras vidas, nos puede preservar, tan maravillosamente, como en el caso de los tres jóvenes santos, en el Horno ardiente de Nabucodonosor".

Viendo que Lobo no se dejaba debilitar en su firme propósito, su familia poco a poco dejaba de molestarle con sus oraciones y lamentos. Con un corazón alegre y una confianza firme en Dios, Lobo dió principio a su tarea tan peligrosa. Se hizo consejero salvador y consolador de los enfermos y de sus parientes. Por su actividad y vigilancia, salvó a muchas vidas. Por su esmerado cuidado, rescató a más de los que vivían en las casas infectadas de morirse de hambre. El conocimiento del bien que hacía, le llenó de una satisfacción indecible y le colocó por encima de todo miedo de peligro; un sentimiento que, tal vez era la causa que escapó de la infección. El ejemplo de Lobo influía grandemente con su familia y al ir acostumbrando sosegaron poco a poco sus temores ansiosos. Se entiende por supuesto, que mientras Lobo estuvo ocupado con el trabajo importante que le fué encargado, hubo paralización completa de sus trabajos del telar y que él y su familia recibían en abundancia todo lo que necesitaban de los fondos Municipales.

Después de durar la peste dos meses, causando muchas víctimas y hundiendo en el luto a muchas familias, la terrible enfermedad desapareció de la Ciudad de Nuremberg. Por lo general, la humanidad siente arrepentimiento y gratitud, más por los castigos divinos, que por sus misericordias. Por lo tanto, los ciudadanos hicieron una fiesta para dar gracias por la desaparición de la Muerte Negra, y uno de los que sintieron más sinceramente la bendición divina, fué Lobo el tejedor. Y con sobrada razón, porque ¿no había hecho el Señor grandezas para él y su familia? No había perdido ninguno de sus seres queridos y con corazón rebosante de gratitud contemplaba los rostros de su esposa y sus ocho hijos, que puestos de rodillas, junto a él, se unieron en oración y alabanza. Pensaba que como en Egipto, el Angel destructor pasó por encima de las casas de los Israelitas, en la noche cuando todos los primogénitos de los Egipcios fueron muerts, así, la Muerte Negra había pasado por encima de su casa.

Otros, sin embargo, hicieron fiesta de manera diferente, tomando la paja negra que se había colocado en las casas atacadas por la plaga, y haciendo un judas, para representar la plaga, lo llevaron por las calles, en una formación desordenada, acompañados por Stein y su tambor. Al transitar por las calles, se les unió un gran gentío y sacaron con triunfo afuera de las puertas de la ciudad el judas, se hizo una grande hoguera, con acompañamiento de alaridos y gritos de júbilo. Este Auto-De-Fé se verificó en todas las ciudades y poblaciones atacadas con la plaga, y después por muchos años, hicieron otras hogueras en memoria, hasta olvidarse de su origen primitivo,

y hasta que las Autoridades tuvieron que prohibirlo debido al desorden y alborotos que con frecuencia hubo.

Después de presentar la renuncia de su encargo con toda formalidad, el Sr. Lobo regresó a su casa con grande satisfacción y delicia interior; y se sentó enfrente de su telar.

"Amigo querido y apreciado", dijo él a su telar, "tú, por largos años, me has facilitado los medios de sostener a mi familia. Con mucho gozo me hallo de nuevo ante tí, para echar la Lanzadera. De veras creo que me habrás echado de menos, aunque sea en poquito". Diciendo ésto, Lobo empezó a trabajar con el apetito y ganas que un hambriento siente con una comida delante de él. Al rato fué interrumpido por la llegada de un mensajero, citándole al Palacio Municipal. Con sobresalto exclamó: "¿Para qué me quieren? ¿Será posible que la pestilencia ha reaparecido? ¡que el cielo no lo permita!" y siguió al mensajero con grande preocupación. Cuando, después de un largo rato, volvió hacia su casa, viendo su esposa que venía agachado y con pasos lentos, ella le gritó: "¡Adrián, Adrián!, ¿qué te ha pasado? ¡parece que estás más abatido que cuando fuiste comisionado a cuidar de los enfermos!; ¿qué quieren de tí las Autoridades?" Lobo respiró profundamente y mirando a su señora, con media sonrisa dijo, "me han hecho Diputado". "¡Diputado?" exclamó su señora, sorprendida, "y tú vienes tan dolorosamente, como si fuera una mala suerte!"

"Tengo tanta vergiienza de mí mismo", contestó Lobo, "no me parece justo ni conveniente que un sencillo tejedor sea un miembro del Consejo de la Ciudad".

"Pero", contestó Ursula, "no puedes ser Diputado cuando no tienes bienes raíces en la Ciudad. Una excepción tal, nunca se había visto".

"Pero tengo casa ya", dijo Lobo en voz baja, "soy dueño de una casa". Se rió Ursula, "¡casa de caracol tiene que ser! porque nunca hemos tenido ni perrera ni gallinero".

"No he comprado la casa, me ha sido presentada", contestó Lobo, ruborizándose. "Estás chanceando", contestó su señora, "no seas tan ligero. Háblame en serio y dime claro. ¿Cómo has llegado a ser dueño de casa y qué casa es?"

"Es la casa de la Viuda del Herrero, en la calle de la Independencia, quien murió sin herederos y por lo consiguiente llegó a ser propiedad del Municipio; tú conoces la casa, no es muy grande, no tiene tres ventanas a la calle y dos pisos en alto, pero es bastante grande para nosotros".

"Es posible", gritó Ursula, con sorpresa, y grande satisfacción "¿no me estás engañando?" "De veras que no. El Municipio ha obsequiado la casa como una remuneración por lo que hice para los enfermos y así decían los títulos de la casa y eso es lo que me avergiienza tanto. ¿No me han pagado ya, mucho más que yo podía haber ganado, tejiendo? el placer de haber sido permitido a salvar tantas vidas humanas y el haber recibido las gracias y gratitud de los que estuvieron

bajo mi cuidado, era una recompensa mucho más que había esperado recibir. ¿No dirá ahora el pueblo de mí, que únicamente me hice cargo del trabajo por un amor vil al lucro?

Pero el Sr. Lobo predicó a oídos sordos. Nadie escuchaba sus últimas palabras. "¿No oísteis, niños?" dijo Ursula con rapto de alegría. "¡tenemos una casa propia! ¡Una casa grande y hermosa, con cocina y sala, ventanas y puertas y escalera, presentada a vuestro Padre por las Autoridades! No tenemos ya necesidad de vivir alquilando unas cuantas piezas. Papá también es Diputado y quién sabe si no llegará a ser un Senador y éstos ganan harto dinero; ¿qué os parece de esas buenas nuevas?" "¡Casa! ¡una casa!" exclamaron ocho pares de labios rojos en coro. Los niños se agarraron de las manos y brincaron al rededor del cuarto, levantando una polvareda y por poco tiraban el banco de su papá. Después de haber durado un poco tanto bullicio, Guillermo soltó la mano de Sarita, su hermanita, y casi sofocado, preguntó a su papá: "¿tiene nuestra casa un Jardín?" "Sí", contestó Lobo, "lo tiene, algo angosto, pero largo, muy largo".

"¿Podemos tener gallinas, ganzos y patos?" preguntó Beatriz. Esa noticia renovó los regocijos.

"Nadie puede decir que no", contestó Lobo.

"Supongo que no hay un palomar en nuestra casa?" preguntó Juan, que tanto amaba a las palomas.

"Se me hace que ví uno en el centro del patio", contestó, "pero no puedo decirlo con certeza, porque hace tanto tiempo que no he visitado la casa".

"¿Cuándo vamos a ocupar nuestra casa?" preguntó Rubén! "¿No podemos irla a ver pronto?" dijo Juan.

"Cuando nos plazca", contestó Lobo, "aquí está la llave de la puerta de la calle". Y sacó una llave grande, un poco oxidada de su bolsillo.

"Padre," gritaron a una voz "¡déjanos ir luego, luego. Padrecito, sea Ud. bueno. Vámonos en este mismo instante".

Los niños deliriosos y su feliz madre siguieron porfiando y Lobo abandonó su telar para acompañarlos a su nueva casa. Los niños se adelantaron y al llegar él les halló formados enfrente, contando el número de las ventanas y alabando su aspecto exterior. Al procurar abrir la puerta, los niños la apretaron y con gritos de alegría entraron a la casa, corriendo y dispersándose por las diferentes piezas, viendo y admirándose de todo lo que veían.

Al salir al corral les esperaba una nueva y alegre sorpresa. Fueron saludados de un noble gallo, a la cabeza de unas gallinas de varios colores. Dos ganzos blancos y dos pardos se pararon sobre una pata con mucha gravedad, abriendo y cerrando sus ojos a sus nuevos amos. Cinco patos con plumaje de vivo verde y azul, graznando corrieron hacia ellos, apuntando con su pico ancho a los dedos de los pies de los niños, espantando a la pequeña Bertha que empezó a llorar.

"Cu, cu. cu", se oía encima de sus cabezas, y volteándose prestamente los niños hacia el palomar, el Sr. Palomo estiró sus alas, alar-

gó su pescuezo, e hizo reverencia profunda, por vía de saludo a sus nuevos amigos. Wilfrido, entre tanto, estuvo buscando en todas partes por un chiquero, y felizmente encontró uno en un rincón. Se puso de puntas para asomar por encima de la puerta y vió dos hocicos largos, de dos cochinos, los cuales inmediatamente empezaron a gruñir desordenadamente y los niños felices contestaron con un grito de alegría.

"Todo ésto nos ha sido dado por nuestro Presidente, tan Liberal, tan noble", dijo Lobo, con profunda emoción y con lágrimas en los ojos. Los niños, seguidos de sus padres, se apresuraron al huerto. Midieron su largura y su anchura, contaron los árboles frutales, los arbustos, las moras, las uvas, anticipando el tiempo cuando recogieran su fruto.

Lobo no participó en nada de éso. Estuvo parado debajo de un peral, cuyo fruto maduro colgaba de las ramas en grande abundancia. Descubierto, levantaba sus ojos llorosos, con gratitud piadosa al cielo. "Oh! Señor", oraba con manos cruzadas, "no soy digno de los favores que has derramado sobre tu siervo. ¡Guárdame a mí y a los míos del orgullo y de la vanidad! ¡Qué crezcan mis niños en tu fé y en tu amor, Amén".

"Mi buen Adrián", dijo Ursula, llegando cerca de su esposo, ::cuánta vergiienza siento ahora, que con tanta urgencia quise impedirte del encargo de los enfermos. Si hubieras escuchado a los ruegos de tu esposa insensata, podíamos haber quedado tan pobres como los ratones de la Iglesia, toda nuestra vida".

"Si en vez de recibir una recompensa tan liberal", contestó Lobo con seriedad, nos hubiéramos contagiado de la plaga y alguno de nosotros hubiéramos muerto, no me hubieras alabado, antes tal vez, me hubieras regañado con los reproches más amargos; Oh ¡Ursula!, ¡Ursula! no debemos juzgar nuestras acciones por el bien o por el mal que pueda resultar, pero solamente por su carácter moral ante Dios. Ursula, mi querida esposa, dame tu promesa que quedarás como antes, humilde y contenta, que no mandes hacer calzado con adornos brillantes, ni usarás gorras con lentejuelas doradas ni vestirás a los niños con vestidos mejores que los que hasta ahora han tenido. De esta manera continuaremos gozando del buen nombre que actualmente disfrutamos y los que tienen envidia de nosotros no tendrán justificación para ello. Ahora favor de llamar a los niños".

Al verse Lobo rodeado de sus niños, les dijo con voz agitada: "Bien, mis queridos niños. ¿Os gusta nuestra nueva casa? ¿os agrada y estáis satisfechos con ella"?

"Oh, ¡es lindísima! ¡magnífica! ¡espléndida! se oyó por todos lados.

"Trabajando en mi telar, no podía haber ganado esta casa en veinte o treinta años", dijo Lobo, "aunque hubiera trabajado día y noche. Cuidando los enfermos por dos meses hemos logrado lo que no hubiéramos alcanzado por treinta años de trabajo continuo. Así que, no hemos ganado nuestra nueva propiedad; es un regalo gene-

roso de nuestra querida Ciudad natal. Por lo cual tenemos obligación de ser gratos, toda nuestra vida.

Prometedme pues, mis queridos niños, que todos vosotros serviréis fiel y honestamente a nuestra Ciudad y a sus habitantes, y si es necesario exponer nuestras vidas por ellos, espero que lo haréis sin ningún interés y ninguna esperanza de otra recompensa que la aprobación de vuestras conciencias".

"Sí, sí", respondieron los niños, dando a su papá las manos para confirmar su promesa. Al día siguiente, la familia del tejedor, pasó a vivir en su nueva y modesta casa. Un pintor, que pasaba por el Pueblo, hizo un rótulo, con un dibujo de un Caracol, llevando su Concha y un letrero que decía "Klun, aber, mein" que quiere decir "chica, pero mía".

CAPITULO IV.

Juanita

No hay ninguna rosa sin espinas como experimentó Guillermo cuando su mamá le mandó a desherbar el jardín, descuidado por tanto tiempo; mientras sus hermanos más grandes fueron a la Escuela y los más pequeños se quedaron con su madre en la casa. Las espaldas del pobre muchacho le dolían con tanto agacharse.

Sus dedos le ardían al arrancar por vivas fuerzas la yerba arraigada y se le durmieron los pies de la postura en que tenía que trabajar.

Sudando y cansado, sin embargo trabajaba con perseverancia; cuando oyó la voz dulce de una niña en el otro jardín llamando "pio, pio, pio" y"conejitos, conejitos, conejitos, vengan, vengan".

El jardín al lado, de donde salió la voz era del Herr Muller el Director de la Escuela en la otra acera, donde los hermanos y hermanas de Guillermo estudiaban. Hace tantos años, las Escuelas eran muy diferentes de las de ahora. Todavía no se inventaba el Arte Tipográfico, y por lo tanto, los libros eran muy escasos y sumamente caros. En esos tiempos se enseñaba muy diferente a leer, escribir, contar y hacer sumas. Muchas Ciencias ahora inseparables de la Educación era ncompletamente desconocidas. El Director tenía una niña de nueve años que había sufrido desde su infancia, siendo débil y delicada. La pobre niña padecía de una contracción de los músculos de una pierna. No podía andar y a veces el dolor era muy fuerte. Las debilidades físicas de Juanita fueron, sin embargo acompañadas de notables poderes mentales. Era una muchacha viva e inteligente

y su papá le había dado una esmerada educación.

Su voz era también de un timbre muy dulce y agradable y su papá se había empeñado mucho cultivándosela diligentemente. Las llamadas de la niña a sus animalitos fueron seguidas de tanto ruido, aletadas y revoloteos, que se despertó la curiosidad del joven jardinero y, cediendo a la tentación, espió por un agujero de la cerca de madera que separaba los dos jardines. Podía ver claramente a la niñita, sentada en un sillón colocado sobre unas ruedas, y rodeado de un conjunto diverso de varias clases de animales, gallinas, pollitos, palomas blancas y de colores, gorriones, atrevidos jilgueros, gansos, patos, conejos bonitos y un pavo real con sus dos pavas, todos disputando y arrebatando el grano que Juanita regaba entre ellos a manos llenas. El jardín del Director de la Escuela parecía un paraíso en el cual los varios animales no temieron ni a los hombres ni unos a otros.

Sobre el hombro derecho de Juanita un pajarito desvergonzado se había parado, sobre el otro una paloma blanca estaba limpiando su pico. Dos gorriones recogían migajas de su regazo, a la vez que tres conejitos juguetones, arrancaban pequeños pedacitos de hojas de las coles. Cuando el pavo real se había saciado, extendió su magnífica cola que resplandeció con la luz del sol, mientras los gansos y patos levantaron un coro ruidoso.

Guillermo no podía abandonar aquel cuadro tan hermoso, completamente se olvidó de su trabajo y de las órdenes de su madre. "¡Cuánto me gustaría tener una de las plumas de ese pavo real tan lindo!" dijo él para sí.

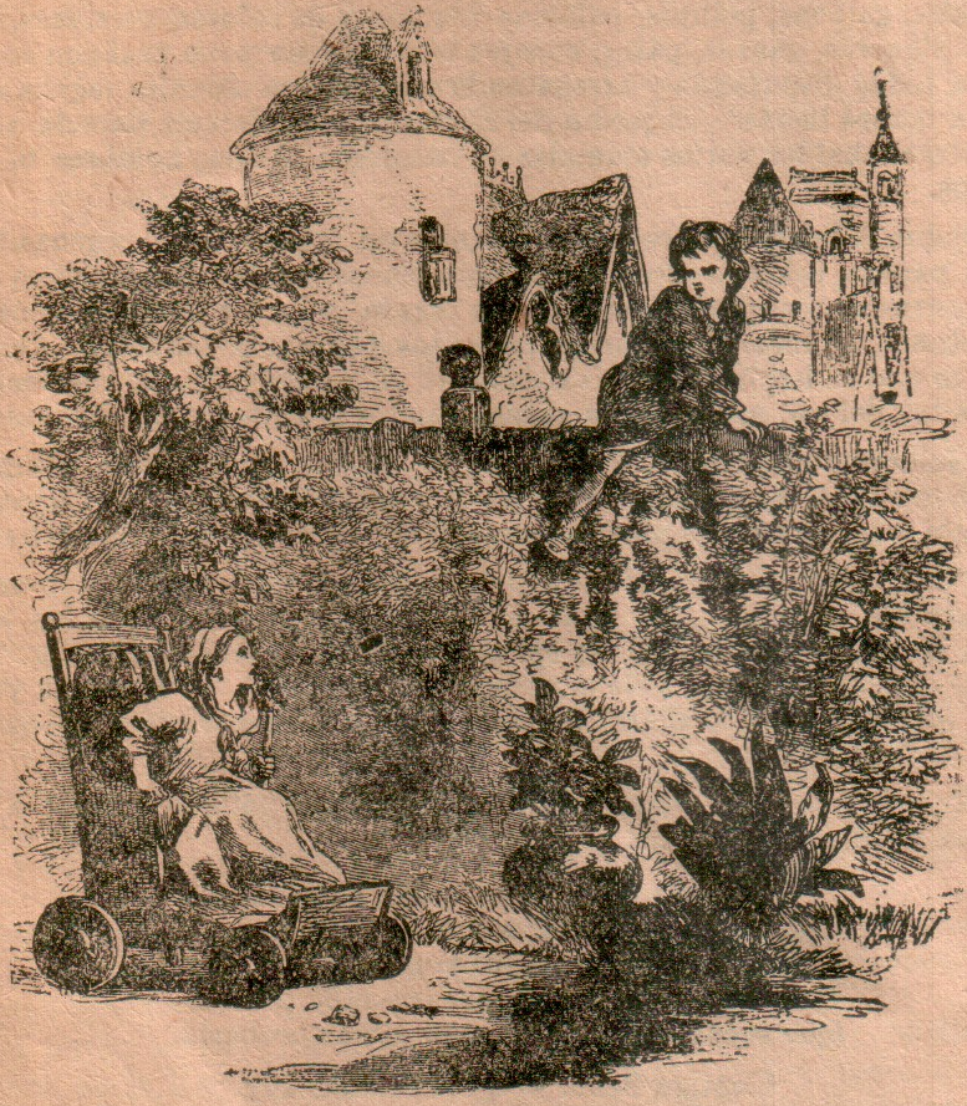
"Cuán rico debe ser el Maestro de la Escuela para poder comprar una criatura tan costosa. ¿No es el pavo real un príncipe entre las aves? ¡Mira la corona que tiene en su cabeza! y ¡mira ese sinvergüenza gorrión! parece que es dueño de todo el grano en el canasto. Si estuviera yo en lugar de Juanita, yo le agarraría fácilmente y le encerraría para que me cantara todo el año."

En este momento Juanita abriendo sus labios pálidos, empezó a cantar con voz clara y dulce:

Quisiera ser un ave, ¡cuán lejos volaría!
Con ala veloz el mar atroz
Cantando alegre, pronto cruzaría,
Pero en vano suspiro pues soy niña precoz,
Que sueño con placeres que jamás probaría.

Contigo Señor sé que moradas hay
A donde David anhelaba estar,
Asimismo yo tomaré mi camino,
Y al llegar mis tristezas olvidaría.
Porque Tú, de aquella patria, eres dueño
Y allí hay fuente de gozo siempre halagüeño.

Guillermo escuchó gustoso hasta que cesó el dulce canto. "Yo", se dijo, "pienso que es mejor ser la hija de un rico, que ser un pájaro, que de un momento a otro pueda ser cogido en la red de un cazador quien trozaría su cabeza. Y a mí más me gustaría estar aquí que a través del mar, en el cual muchos pájaros cansados por haber volado tan lejos, han de caer y se han de ahogar".



Juanita en su carrito.

Cuando toda la comida había desaparecido, las aves y conejos abandonaron a la niña y tomaron cada cual su camino, semejante a los amigos y conocidos entre los humanos que, después de recibir algún beneficio se alejan de sus benefactores. Juanita miraba con tristeza a sus amigos alejarse, algunos andando y otros volando por el aire y cuando todos se habían ido, cogió dos palos puntiagudos que estaban junto a ella, y empezó con su ayuda a moverse. Al principio caminaba con mucha facilidad y Guillermo la observaba con mucho interés. De repente la pequeña silla se paró y a pesar de cuanto esfuerzo hacía, Juana no pudo moverla del sitio. Después de haber procurado en vano varias veces, puso a un lado los palos y se reclinó en su silla, agotada y sofocada. Al cabo de un rato dijo: "Papá está en la Escuela, mamá salió a la calle y Eva, la criada, está en la cocina donde no me puede oír. ¡Oh, cuánto tendré que esperar hasta que venga alguno a ayudarme!".

Diciendo ésto, la pequeña niña inclinó su cabeza sobre la mano muy triste, gimiendo profundamente. A los pocos minutos dijo con toda seriedad: "Ojalá fuera yo pájaro" y luego agregó, "o que tuviera yo patas de ganso o de pato, cuán agradecida estaría", y dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas delgadas y pálidas.

Guillermo, quien hacía un momento había envidiado a Juana como a uno de los seres más felices, ahora sentía en el fondo de su corazón, una grande compasión hacia ella, y se dijo: "se me había olvidado completamente que la pobrecita tiene una pierna mala y que no puede dar un sólo paso, ¡figúrese! dice que si tuviera un par de patas de ganso se sentiría feliz. Yo tengo dos pies muy buenos y puedo trepar, subir, y brincar zanjas o saltar esta barda si me dieran ganas. En verdad, me valen más mis piernas, que el sillón de ruedas más hermoso y más que todos los pavos reales, patos, gallinas, palomos y conejos en el mundo."

Guillermo ahora acercó su boca al agujero por donde había mirado y como si fuera una bocina gritó: "Juanita, ¿quieres que yo vaya y te empuje?"

"¿Quién es?" preguntó la niña sorprendida, volteando su cara hacia el lugar de donde venía la voz.

"Soy tu nuevo vecino", contestó Guillermo.

"Pero no le conozco", respondió la tímida Juanita.

"Eso pronto se puede remediar", contestó Guillermo, y, en un momento, trepó la barda que separaba los dos jardines.

"Mira", dijo sonriendo, "ahora ves quién soy. ¿Quieres que te ayude? dime: sí, o no".

"Pero hay peligro de que te lastimes con las matas, tan llenas de espinas", contestó Juanita ansiosamente.

"No le hace", contestó Guillermo dejándose caer.

"¡Mira! ya te espinaste", gritó la niña con voz lastimera, porque veía a Guillermo atrapado en las espinas y haciendo esfuerzos para salir.

"Una espina no me matará", contestó Guillermo, quien con triunfo logró salir.

"Pero están sangrando tus manos", lamentó Juanita, "y tu mejilla izquierda también".

"No es más que la piel que no tardará en sanar", dijo Guillermo valientemente, escondiendo el dolor con una sonrisa forzada; y, agarrando el respaldo de la silla, empezó a empujarla.

La niña con toda prisa le impidió: "déjame ver tus manos y tu mejilla", dijo con tono dulce. Guillermo obedeció, y Juanita con una mano hábil, aunque temblorosa, empezó a extraer las espinas.

"¿Duele mucho?" preguntó mirándole con ansiedad".

"No es más que como una mordida grande", contestó Guillermo, sonriendo otra vez y sacudiendo las lágrimas de sus ojos.

"Hay que sacar todas las espinas", dijo la pequeña doctorcita, continuando la operación, "de otra manera se infectarán y ésto te dolería más. Ahora sí, ésta es la última. Ya te lo dije como sería. ¡Pobrecito!"

Guillermo, un joven fornido y chapeado, parecía la luna llena al lado de la luna menguante en comparación con la niña tan pálida y delicada. Fue un contraste que Guillermo no dejó de notar, y dijo: "Parece que no te dan bastante de comer. Tú eres tan delgada y blanca como una vela de cera."

"Mi pobre pierna es la causa de ésto. No es que carezca de alimento".

"Y no tienes ninguna fuerza, tampoco. ¡Mira! con una mano y un pequeño empujón puedo mover tu sillón, mientras tú te cansas sin adelantar nada".

"También la culpa es de mi pierna", dijo la niña suspirando.

"¡Qué raro! ¿Cómo puede la enfermedad de una pierna ser la causa de tantas cosas?"

"Mi papá dice que si un miembro sufre, también todos los demás", contestó Juana con gravedad.

"Sí es verdad", afirmó Guillermo, "porque cuando mi hermanito Wilfrido, quien es un miembro de nosotros, tenía la viruela, y estaba muy enfermo, todos sufrimos con él, especialmente mamá. ¡Ay, que tiempo tan triste! Pero tu jardín es mucho mejor que el nuestro, que no tiene casi nada, sino mala yerba y ortiga".

"Mi papá dice" respondió Juanita, "que todo lo que Dios ha creado tiene algún uso aunque lo ignoramos".

"Sí", dijo Guillermo, riéndose, "las espinas de la barda son excelentes para picar a uno, y nada más; los rosales y otros arbustos espinosos son muy malos y no nos quieren bien".

"Tú eres muy malo", dijo Juanita, reprochándole, "no debes criticar la obra de Dios. Si te tomaras la molestia de notar cuán hermoso es lo que El ha creado, no hablarías así: ¿Has notado que cada planta tiene hojas diferentes de las demás? Algunas son redondas, otras angostas, otras muy largas. Una hoja tiene dientes a la orilla, otras son sencillas, una es lisa y brillosa, y otras son ásperas y opacas. Una es verde claro y otra verde obscuro. Mira una hoja con luz detrás y verás que tiene venas atravesándola por todos lados, que sirven para hacerla crecer".

"Cuán instruída eres", dijo Guillermo, atónito, "¿Cómo sabes todo ésto?"

"Mi papá me enseñó a examinar todo lo que encuentre, aun las cosas pequeñas, y desde que he seguido su consejo, nunca me parecen las horas demasiado largas. Cuando me encuentro sola en el jardín o en la casa, miro atentamente a las hormigas y abejas tan ocupadas, y veo cómo las arañas tejen sus telarañas y atrapan las moscas. También veo cómo las aves llevan paja y plumas para hacer sus nidos y cómo enseñan a sus polluelos a volar; y muchas otras cosas muy bonitas también".

"Yo nunca me he tomado la molestia de hacer ésto", dijo Guillermo, "tampoco mi papá. Por cierto mi padre es un tejedor, y también un diputado, y no puede humillarse a contemplar las hojas, aves, hormigas y abejas y todos esos bichos. Tu papá, siendo músico y profesor, naturalmente, tiene que ocuparse de ellos".

"¡Oh!" gritó Juanita indignada, "Salomón fue un rey sabio y grande y de todo hablaba. Del cedro que crece en el Líbano, y de la yerba que nace en el adobe. Mi papá me ha dicho ésto y jamás dice una mentira".

"¡Oh!" dijo Guillermo, "pero los reyes no tienen tanto quehacer como un tejedor y un diputado de Nuremberg. Todo lo que tiene que hacer es sentarse en un trono de oro, comer, beber mucho, y pasearse en un coche dorado, o montar un caballo azabache".

"Que simplezas dices", exclamó Juana, "¿nunca te han contado que el rey Salomón tenía que sentarse en el Trono del Juicio desde la mañana hasta la noche, y dar fallos en todos los pleitos que le fueran traídos?"

"¡Memo! ¡Memo! ¿dónde puedes estar?" se oyó la voz de la señora Lobo, llamando en el otro jardín.

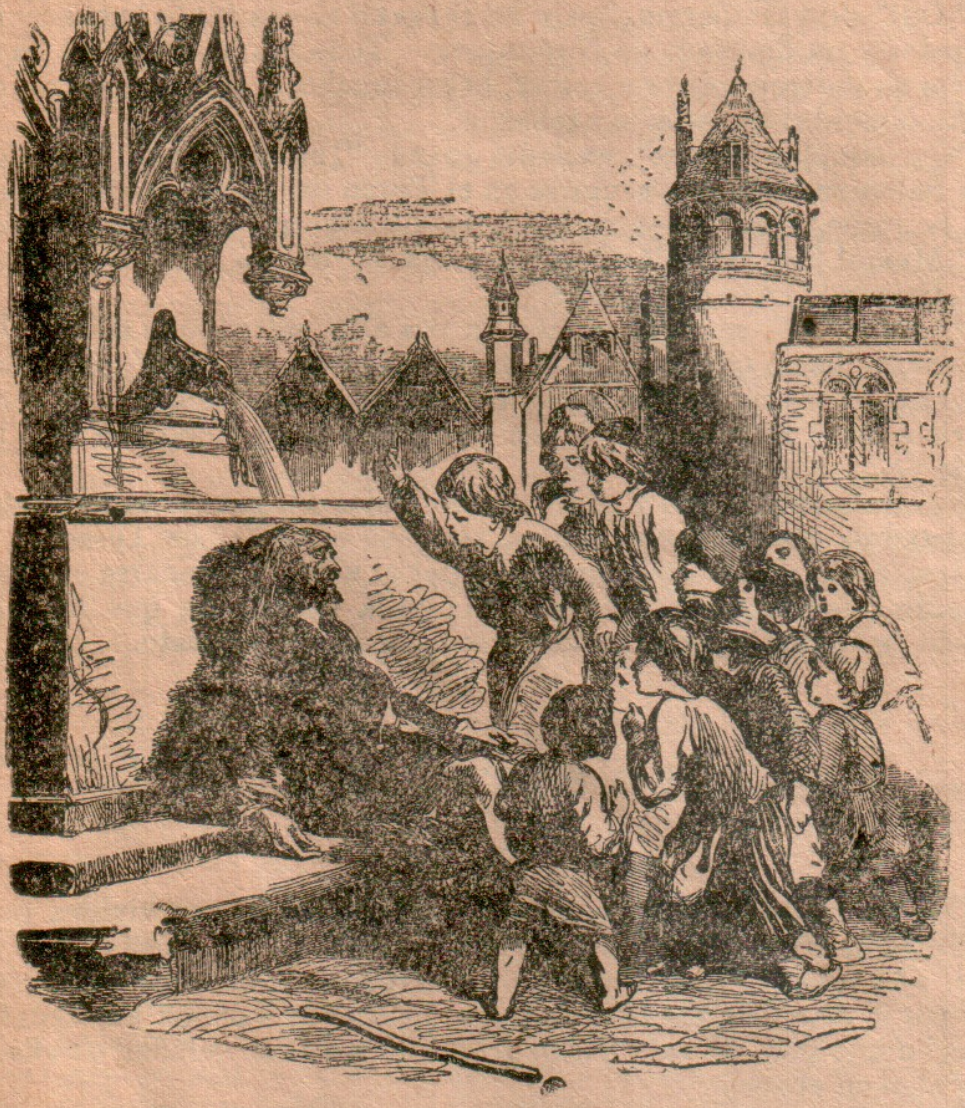
"Aquí estoy", contestó el niño en voz alta, soltando la silla de Juana y diciendo: "luego que me den permiso volveré, si quieres" y, luchando otra vez con las espinas, desapareció prontamente por encima de la cerca, y corrió a decir a su mamá donde había estado, y todo lo que le había pasado.

Naturalmente, Lobo y su señora no tenían ninguna cosa en contra de la amistad de sus niños con la hija, tan bien educada, del Director. Sin embargo, como no era conveniente trepar el muro y espinarse en el rosal, de común acuerdo se hizo una puertita en la barda para que los niños y también sus padres, pudieran visitarse cada uno a su gusto.

CAPITULO 5

Los estragos de la pestilencia aún se recordaban con vividez por los habitantes de Nuremberg; cuando un día salieron los niños del Sr. Lobo para ir a la escuela. En el camino se les reunieron otros compañeros y al pasar por el mercado, donde había una fuente que vaciaba sus aguas cristalinas en una pila, se veía a otro grupo de niños al rededor de ella, mirando algo en el suelo.

Era un extranjero que se reclinaba contra la pila. Su cachucha estaba puesta atrás de su cabeza y el cabello lacio y rubio ocultaba su frente requemada, en la cual aparecía una cicatriz morada. De la boca a su oído, se veía una vieja herida, indicando con claridad que su modo de vivir no era muy pacífico. Vestía una tosca blusa de paño café, pantalones de gamuza y unos zapatos; a su lado cargaba una espada fuerte, indicio en aquellos días, de un hombre libre. Agotado por grande necesidad o por una enfermedad grave, se había caído junto a la pila. Su boca estaba abierta y parecía que se ahogaba. Una palidez mortal cubría su rostro demacrado, pero lo que indicaba la gravedad de su estado, eran sus ojos fijos y vidriosos casi sumidos en las órbitas.



El soldado enemigo se encontraba enfermo
en la plaza principal.

Los niños mirando al extraño con curiosidad y miedo, hablaban en voz baja, pero ninguno le preguntaba qué tenía o qué necesitaba.

De pronto dijo una niña a los recién llegados: "este hombre tirado ahí, quería subir las gradas a la pila, pero bambaleándose cayó, no sé si quería beber o lavarse".

Al oír esto, Juan subió las gradas, se quitó la cachucha de cuero de su cabeza, la volteó y la llenó del chorro, pero en el momento de ofrecer su primitivo vaso de agua al extraño, media docena de manos le detuvieron, "No", gritaron los niños horrorizados; y un joven en voz baja, dijo al oído de Juan: "Es un Husita!"

"¡Husita!" exclamó Juan, con tal sobresalto que le hizo tirar todo el agua de su cachucha.

"Sí" insistió el niño, "Stein lo dijo y él sabe y conoce a los Husitas, pues muchas veces ha peleado con ellos.

"Un Husita", dijo Juan nuevamente, meneándose y mirando horrorizado al comedor de carne humana, (pues así se les había enseñado).

"¡Pobrecito!" dijo Martín el hermano de Juan, "cuánto me compadezco de él, mira Juan cómo nos ve y levanta su mano a su boca, queriendo beber. Quién sabe si Stein diga la verdad, preguntaré al hombre si verdaderamente es un Husita o no".

"Pero no lo confesará", dijo un muchacho.

"Pero yo le preguntaré de tal manera que tendrá que contestar", dijo Martín y se acercó al extraño diciendo lentamente y en voz fuerte: "¿Es Ud. cristiano? ¿cree Ud. en Jesús, el Crucificado hijo de Dios?"

El supuesto Husita meneó su cabeza débil pero afirmativamente con algo de esfuerzo. "Stein se equivoca", gritó Martín con triunfo, "dame tu cachucha, Juan, ya está mojada, podemos dar al pobre hombre algo de agua".

Ninguno de los niños ahora se oponía, y Martín dió el agua al extraño quien tragó con avidez la bebida fresca, y con una mirada de gratitud dió las gracias al joven, que le animó a brindarle más ayuda.

"¿Tiene Ud. hambre?", dijo al soldado, sacando al mismo tiempo un pedazo de pan que para su desayuno traía en su bolsa, y se lo ofreció.

"Aquí hay hojas de Enebro", dijo Juan poniéndoselas en las manos del hombre, "mastíquelas; si Ud. está enfermo, le harán bien".

Se hizo general entre los otros niños el deseo de ayudar al supuesto enemigo, y así le regalaron comida de varias clases; pero de repente, se oyó una voz detrás de ellos, "¿qué hacen Uds. ahí niños? aléjense de ese diablo, es un Husita".

"Te equivocas, Stein, ese extraño no es Husita, mi hermano Martín se lo preguntó".

"Vaya", contestó el tamborista, "yo conozco bien su cara bohemia, con el pelo lacio y rubio, y sus pantalones de gamuza, y esa espada corta".

"¡Ah! ¡Ah!" contestó Juan con una sonrisa disimulada, "Ud. ha olvidado cómo nos describió a los Husitas, ¿parece este hombre como un lobo lanudo, o un oso? ¿baja su barba hasta sus rodillas? ¿es su pelo como la crín de un león? ¿tiene dientes como los colmillos de un jabalí? ¿es su cabeza más grande que la de Ud. y sus uñas como las garras de una águila?"

"Es verdad, es verdad", gritaron los niños riéndose a carcajadas, "así nos dijo cuando estaba llamando a los ciudadanos para entrenarse".

"Los rapaces tienen mejor memoria que yo", se quejó Stein enojado. "Pero ahora verán que tengo razón" y dijo al hombre, "ahora, camarada, si tú eres hombre de verdad, maldice al Jefe Hereje, Huss, quien ha hecho tanto daño con sus doctrinas perniciosas".

Al oír aquello, el rostro cicatrizado del extraño se desfiguró, juntó sus cejas espesas y murmuró algo, sin hablar palabra distintamente.

"Ahí lo tienen", dijo Stein con triunfo a los niños, "si ese pagano pudiera, me abriría la cabeza con su espada o me traspasaría mi cuerpo. Se le debe matar con un golpe a la cara o a la cabeza, como perro rabioso, en vez de regalarle pan y agua".

Los niños que habían ayudado al Husita con sus desayunos, se miraban espantados.

Tocando el reloj las 9, terminó su estupefacción y los más corrieron con prisa a la Escuela. Ahí lo que había acontecido en la plaza del mercado fue motivo de una discusión ruidosa y general; que no se calmaba ni aún cuando entró el Sr. Lobo.

"¡Qué alboroto tan extraordinario!" dijo severamente; "¿de qué se trata? ¡esténse quietos!"

"Su hijo ha cometido un pecado gravísimo", dijo uno de los muchachos, y los demás en coro lo repitieron.

"¡Un pecado grave!" exclamó Lobo "lo siento mucho, especialmente de Martín, a quien siempre he creído un buen niño, ¿qué ha hecho?"

"Ha dado de beber a un Husita enfermo, que se encontraba en el mercado, y le dio un pedazo de pan que tenía para su desayuno", contestaron acusándole. "También Benjamín le dio un bizcocho y Gertrudis un racimo de capulines dulces, y muchos de los otros niños le dieron algo".

"¿Brilló el sol sobre el Husita?", preguntó Lobo, dirigiéndose al acusador.

"Sí", contestó, "el sol iluminaba su rostro".

"El agua", continuó Lobo, "que le dio Martín, no entró en su boca supongo, o si la tragó, quemaría su garganta como si fuera fuego".

"¡Oh! no", contestó Jorge, "la tragó vorazmente y bebió toda la de la cachucha de Juan y entonces se frotaba el pecho, dando a entender que le sabía buena".

"Recuerden, niños míos, que nuestro Salvador nos mandó a «amar a nuestros enemigos, a bendecir a los que nos maldicen y hacer bien a los que nos maltratan y nos persiguen, para que seamos los hijos de nuestro Padre que está en los cielos». Martín y los demás se portaron perfectamente bien dando socorro al extraño en el mercado, sin averiguar primero cuál era su fe. Así el buen Samaritano obró, a quien nuestro Salvador nos mandó imitar".

Estas palabras bellas de consolación llenaron de tranquilidad a los niños acusados. Ya se sintieron gozosos, pues en vez de ser calificado como un crimen lo que hicieron, fue declarada una acción caritativa y bondadosa. Lobo no se contentó solamente con palabras de aprobación. Vió que era su deber llevar adelante la buena obra empezada por los niños, y con su hijo Juan regresó al mercado.

Llegando cerca de la fuente, vió a un grupo de mujeres que, con sus jarros vacíos, ni se atrevían a acercarse. Estaban enojadísimas y se quejaban amargamente diciendo que, por causa del Husita (quien sin duda tenía la plaga negra), no podían sacar agua y que estaban perdiendo su tiempo precioso. Los hombres que transitaban por ahí, miraron al soldado enfermo, amenazándole; porque el incansable Stein había hecho correr la noticia que era un Husita salvaje. El Sr. Lobo pronto se convenció que el extraño ni podía hablar ni levantarse. Parecía estar sin sentido y que tenía mucha calentura.

Después de un momento, el tejedor se volteó a su hijo y le dijo: "Juan, ve y pide al carpintero en mi nombre, que venga con su parihuela y que me ayude a llevar a este pobre hombre a nuestra casa". Mientras Juan se iba, se oyó entre los hombres y las mujeres ahí reunidas, un murmullo: "Lobo está loco. ¿Será posible que vaya a llevar a su casa, a un hombre atacado por la plaga? ¿a un Husita malvado? ¿Será afligido otra vez nuestro pueblo con la muerte negra, por su necedad, después de haber muerto tanta gente?" El Sr. Lobo aunque oyó claramente estas y otras críticas, no hizo caso y esperaba con paciencia la parihuela y los portadores, pero fue grande su decepción, porque Juan regresó solo y a las preguntas de su padre contestó diciendo: "Papá, el carpintero te manda decir que para un Husita y para un atacado por la plaga, no tiene ni parihuela ni manos para ayudar."

Lobo permaneció un momento en silencio y entonces dijo: "quédate aquí con el enfermo; pronto regreso", y se alejó con prisa. Después de un rato, regresó con su esposa, quien no podía entender por qué su marido había desatornillado la puerta del zahuán de su casa y, cargándola sobre sus hombros, le había dicho que lo acompañara. Al llegar a la fuente, todo quedó claro.

"Ayúdenme Ursula y Juan, quiero llevarlo a la casa sobre la puerta. Si tuviéramos una parihuela o un carro de mano, no habría habido necesidad de utilizar nuestra puerta".

"Pero, querido Adrián", dijo Ursula asustadísima, "¿No oyes cómo esa gente te está acusando y maldiciendo? ¿cómo es posible que llevemos nosotros con nuestras propias manos la muerte negra a la casa, para infectar a todos?" Además, agregó ruborizada, "me parece indigno de un Diputado y de su esposa servir de cargadores públicos". "Haz como yo te digo", contestó Lobo con firmeza, "el mismo Hijo de Dios llevó su pesada cruz sobre sus hombros y mandó que todos los que quieran seguirle han de cargar su cruz de la misma manera. Recuérdate también de sus palabras: «fuí huésped y me recogiste». Tenemos casa propia y por lo tanto no podemos rehusar de obedecer la santa Palabra de Dios. Apúrate pues, yo alzaré al pobre hombre por los brazos y tú y Juan, agarre cada uno una pierna y lo pondremos sobre la puerta".

"El perro del Husita debe ser agarrado con pinzas de herrero y no con manos de hombre", dijo indignadamente uno de los ciudadanos, "y se le debe echar fuera de la ciudad para morir como un perro".

"No", contestó Lobo, "sería más prudente tratar a ese hombre bien, para que sus amigos llegaran a saber de ello. No están muy lejos de aquí.

Debe Ud. antes darme las gracias porque ya habrá menos razón para que el enemigo nos ataque".

Viendo la razón de lo que dijo Lobo, ya no hubo oposición y él logró colocar al enfermo sobre la puerta, y entre los tres, le condujeron a su casa con grandes penas.

"Nuestro nuevo diputado" dijo un ciudadano, "es un tonto rematado. A mí me parece que él mismo es un Husita secreto".

La señora Lobo era una mujer buena, quien con mucha voluntad obedecía a su marido. Tan luego que llegaron a su casa. prestamente preparó una cama confortable en un cuartito apartado, a donde fue llevado inmediatamente el soldado enfermo. En seguida se le dió una bebida de jugo de frutas para rebajar la calentura, pero en vez de bajar ésta, se convirtió en una fiebre violenta y el enfermo empezaba a hablar en alta voz incoherentemente, echándose de un lado a otro. Se puso una jarra de agua fresca junto a su cama y Lobo encargó a Juan a cuidarle y darle a menudo de beber. Hecho ésto volvió con una conciencia satisfecha a su telar.

Aunque Lobo y la familia no durmieron cerca del cuarto del enfermo; no pudieron conciliar el sueño en casi toda la noche, por causa del ruido que hacía. Al amanecer se hizo más tranquilo el Husita y poco a poco recobró su conocimiento, y en la tarde del segundo día pidió de comer. Juan, constituído enfermero de su huésped, le trajo una jícara grande de sopa hecha de cerveza; una comida que llenaría de horror a un médico moderno.

"Oh mamacita" dijo Juan, cuando regresó con la jícara vacía, "siempre había creído que Stein era el mayor comelón en nuestro pueblo, pero él no es nada comparado con nuestro Husita. Desapareció la sopa como un rayo y hubiera comido tres tantos más si la hubiera. Ha sudado tanto que toda su ropa está mojada y papá le ha prestado su capa y una camisa mientras se seca su propia ropa. Es seguro que no tuvo la muerte negra o no se hubiera repuesto en tan corto tiempo. Si está aliviado mañana, le voy a preguntar acerca de los Husitas y también le preguntaré qué cosa soñaba cuando en su delirio agitaba sus brazos y gritaba tan fuerte".

La curiosidad de Juan no fue satisfecha, porque cuando al otro día fue al cuarto del enfermo con otra jícara de sopa y una rebanada enorme de pan, encontró desocupado el cuarto y el hombre había desaparecido. La ventana abierta, indicaba por donde había salido. Había llevado consigo la capa y camisa del Sr. Lobo. Sin despedirse y sin dar las gracias, el extraño se había ido y ésto fue un desengaño doloroso para el filantrópico Lobo.

"Este es todo el pago que recibes por tu bondad" dijo Ursula indignada a su marido, cuando oyó la noticia mala, "hemos dado abrigo a un hombre quien nos robó por vía de gratitud. Eso no me acontecerá dos veces".

"Bueno" contestó Lobo pacíficamente, no hay que quebrantar nuestros corazones. ¿No se nos dió toda una casa con corral y huerta? No nos debe pesar haber perdido una camisa y una capa. El fugitivo de ninguna manera puede decir de nosotros que le tratamos mal. Hubiera sido peor si se nos hubiera muerto en la casa o nos hubiera infectado con la plaga, aunque es muy cierto que su enfermedad no era la plaga."

CAPITULO 6

El trigo maduraba rápidamente al calor del sol en Julio. El verde obscuro del centeno se mudó en oro claro. Los capulines colgaban en racimos rojos obscuros en los árboles y Dios otra vez había regado sus múltiples bendiciones sobre los hijos de los hombres. Los llanos campos y bosques testificaron su inequívoca promesa de una abundante cosecha gloriosa. Muchos de los ciudadanos de Nuremberg tenían terrenos afuera de la ciudad; y de antemano habían calculado sus ganancias y contratado segadores de entre los pobres, para dar principio a recoger la cosecha en la siguiente semana.

El día 27 de Julio de 1432 el Herr Adler y su señora salieron para dar un paseo por los trigales y para admirar las ricas cosechas. Apenas llegaron a las puertas de la ciudad, cuando se encontraron al Director de la Escuela, casi corriendo por la calle, y le dijeron: "¿A dónde va Ud. con tanta prisa, señor Muller?"

"Voy a mi casa, a mi esposa e hija". Contestó el Director muy asustado.

"¿Qué hay?" dijo Herr Adler, con mucha simpatía, "Ud. se ve pálido y afligido. ¿Le ha acontecido algún percance?"

"¿Es posible que Ud. señor ignore lo que pasa?" contestó el Director sorprendido, "Se dice que el enemigo ha ganado una gran victoria. También que se libró una batalla sangrienta cerca de Leipzic y que las fuerzas nuestras son totalmente derrotadas y dispersas".

"No he oído palabra" dijo Herr Adler, "y apenas creo que sea cierta la noticia. Tan grande ejército que reunimos, con dificultad hubiera sufrido una derrota total tan pronto. En las circunstancias, sin embargo, debemos obrar con prudencia y por ésto he guardado y guardaré nuestra ciudad en la condición mejor para defenderse. También hay vigilantes en las torres de las Iglesias, de día y de noche, para avisar inmediatamente de algún indicio de peligro".

"Me da Ud. nuevo valor, Herr Adler", dijo Muller, "me siento aliviado y les doy las más sinceras gracias. Ya temblaba por mi esposa y niña, por nuestra ciudad y por todos nosotros".

El Director se había alejado solamente unos cuantos pasos, cuando el repique significativo de la campana mayor de la torre de Catedral se dejó oír.

"Oiga", exclamó Muller, volteándose rápidamente hacia el Presidente Municipal, "usted puede estar seguro que la noticia es cierta y que estos campanazos avisan que el enemigo se acerca".

Herr Adler se quedó un momento espantado, pero recobrándose luego, con toda calma dijo: "Pues bien, Herr Muller, no hay que alarmarse antes de conocer qué peligro nos amenaza. Probablemente estos campanazos indiquen un incendio y no lo que Ud. piensa. No nos angustiemos innecesariamente. Pero, tú, mi querida señora, me haces el favor de regresar a la casa. Tengo que estar en Palacio o donde esté el peligro".

La señora Adler se retiró y su esposo y el Director se dirigieron a la plaza donde los habitantes del pueblo ya se habían reunido de todas partes, preguntándose ansiosamente la causa de la alarma.

"Yo no veo en la torre ninguna señal o aviso de un incendio", dijo uno.

"¿Será que ya abandonó su campamento el enemigo y avanza hacia nosotros?" preguntó otro.

"No se apure tanto, Sr. Ehrhart" dijo el presidente, "Sería bueno sin duda tomar desde luego todas las precauciones debidas. Hay que alzar los puentes levadizos y cerrar los portones de la ciudad. Que vaya alguien a la torre a preguntar al vigilante por qué toca la campana. Pero espere un momento. No toca ya y echa mano a su bocina para hablar. Ahora sabremos la noticia".

Hubo un silencio profundo y la multitud, con las caras levantadas y los ojos clavados en la torre, sin moverse, esperaba con ansiedad y corazones palpitantes el aviso que más temía. El vigilante puso su vocina a sus labios y pronunció las palabras terribles "Se acerca el enemigo, ya se ha puesto en marcha el enemigo". Por las calles y los callejones de Nuremberg resonaba la pavorosa nueva y el gentío en la plaza se iba dispersando con toda rapidez, cuando el presidente en alta voz decía que se detuvieran un momento.

"Un momento, hermanos míos" dijo, "hemos de quedarnos juntos un poco para consultar cómo podemos alejar de nuestra ciudad el mal que le amenaza. ¡Valor! hombres, ¡Valor! Un momento de valor y la patria se salva!"

La llamada fuerte y repetida del presidente logró al fin detener a la multitud, pero los sollozos y gritos de las mujeres y niños hacían vano algún acuerdo. Con lamentaciones dolorosas miraron al cielo y a la torre donde la campana repicaba con mayor violencia.

Epocas de peligro prueban el temple de los hombres descubriendo de qué metal están hechos. Herr Adler era un hombre esforzado en toda la extensión de la palabra y su resolución y valor no cejaron ante la crisis premiante. "Despachen a sus hogares a sus esposas e hijos, mientras deliberemos. En primer lugar, es necesario saber si en verdad es el enemigo que ha sido visto. Bien podría ser una partida de los nuestros escapando de la muerte. ¡Qué bueno sería si esos soldados fueren amigos quienes nos protegerán y que no sean nuestros enemigos! En caso que resultara ser....."

En este momento fue interrumpido por la aparición de una densa muchedumbre, que al llegar cerca del palacio municipal se dividía, descubriendo una tropa de campesinos huyendo del enemigo victorioso, que ya venía muy de cerca.

Esta noticia fue recibida por los ciudadanos con nuevos ayes y lamentos. El diputado Lindau, un joven alto fornido, se adelantó y levantó la voz indignado: "Que nos preparemos para morir y que vendamos tan caro que sea posible nuestro pueblo, nuestras familias y nuestras vidas! Más fácil y más glorioso es morir espada en mano que entregarnos sin resistencia al martirio".

"Tiene razón, Herr Lindau" dijeron los ciudadanos, saludándole con entusiasmo cordialmente.

"Estoy de acuerdo", contestó Herr Adler, "en lo que toca a nosotros los hombres. Pero pregunto ¿Qué será de nuestras esposas, e hijos y de los ancianos cuando nosotros hayamos muerto en la batalla, dejando a nuestros enemigos enojadísimos por la oposición que hayamos ofrecido? ¿No descargaría su venganza sin piedad sobre estos seres indefensos? Se-

gún el cálculo más optimista somos cuatro mil hombres capaces de llevar las armas, muy voluntarios pero completamente inexpertos. En cambio el ejército enemigo consiste de 60,000 hombres y todos son soldados de experiencia que obedecen incondicionalmente a su Jefe. No podemos esperar auxilio de nuestros principios, pues antes de serles posible reunir un nuevo ejército Nuremberg tendría que rendirse, pues carecemos de alimentos suficientes para resistir un sitio largo. Yo, por lo tanto, considero nuestras armas como el último recurso, al cual no podemos recurrir sino después de haber fracasado todo otro medio y propongo que enviemos unos embajadores para saber los propósitos del enemigo para nuestra ciudad, y suplicar su clemencia. Si se contentaran llevando nuestra propiedad, con todo gusto se lo entregaríamos, pues nuestras vidas son de mucho más precio para nosotros que bienes materiales".

"Pero ¿quién?" preguntó Herr Lindau, "¿tendrá valor de meterse en la cueva del león? ellos no respetarán ningún mensajero de paz y los que se atrevan a entrar en su campamento, serán pasados a cuchillo con toda seguridad".

"A mí, como presidente municipal", dijo Herr Adler con dignidad, "me toca ser el líder de esta comisión. Tal vez habrá dos entre ustedes que me acompañarán al campamento del enemigo".

"Acépteme como uno de sus compañeros", dijo Herr Lindau, "no únicamente en tiempo de paz, es propio que seamos líderes de nuestro pueblo. Con mayor razón debemos serlo en la hora de peligro".

"Usted es un ciudadano muy valiente; un hombre de noble corazón" dijo Herr Adler, calurosamente, "y tal vez habrá un tercero que irá con nosotros".

"Si no hay otro más digno que yo", dijo Lobo, con toda humildad, "que sea yo el tercero".

"Está bien", contestó Adler. "Estamos de acuerdo, vámonos sin ninguna demora".

"Permitidme primeramente hablar una palabra, Herr presidente", dijo Lobo. "Suponiendo que el enemigo nos reciba mal y nos mate como ha sucedido en semejantes casos, entonces Nuremberg perdería en Ud. y en Herr Lindau, los dos más importantes de sus ciudadanos; una pérdida, que en este tiempo tan malo, sería irreparable. Privado de su principal Magistrado y del inteligente Herr Lindau, no habría nadie para orientar a nuestros ciudadanos quienes pudieran estar tan desunidos que sería la ciudad una presa fácil al enemigo. Déjense pues ser persuadidos, por lo tanto, a quedarse. Envíen en su lugar dos comisionados valientes y elocuentes, autorizados a tratar con el enemigo en nombre de nuestra ciudad".

"Lobo tiene razón", gritaron todos los presentes en la asamblea. "No permitiremos a nuestro digno presidente y a Herr Lindau abandonarnos".

Herr Adler permaneció un momento quieto y pensativo y entonces dijo: "Quizá no es más malo ir que quedarse, pero si yo y Herr Lindau nos sometamos a los deseos de los ciudadanos, ¿quién?, preguntó, está listo a ir en nuestro lugar? ¿quién tiene bastante confianza en su propio valor y elocuencia para comparecer en la presencia del enemigo, con intrepidez y sangre fría?"

Hubo un silencio profundo al hacer esta pregunta. Los ciudadanos se miraron indecisos los unos a los otros, y ninguno se adelantó manifestando que tenía voluntad para emprender el peligroso viaje.

"Entonces yo iré solo", dijo Lobo, "confiado que el Señor será mi protector, mi escudo y mi defensa. Debajo de su ala desafiaré todo peligro."

"Yo te acompañaré, vecino" dijo el Director de la Escuela poniéndose al lado del valiente tejedor, "me siento llamado especialmente", agregó, "a ir contigo. El único hijo de mi finado hermano se encuentra entre las filas del enemigo; destacándose tanto por su valentía, que ha sido ascendido a ser un Oficial General entre ellos. Posiblemente le pueda ver cuando le suplicaré que interceda por nosotros con el General su Jefe".

"Entonces iremos juntos, vecino", dijo Lobo con grande satisfacción, "una carga dividida, no pesa ni la mitad".

"Permítanme ser el tercero", dijo una voz conocida de entre la muchedumbre y, abriéndose paso con sus codos, apareció Schelle el peluquero.

"¡El peluquero! ¡el peluquero!" gritaron todos atónitos, "¿no estaba preso? ¿cómo pues está aquí?". Pues en verdad, Schelle, había sido encarcelado por haber reñido en una cantina.

"De la manera más fácil en el mundo", contestó Schelle, volublemente. La noticia que el enemigo se acercaba y el ruido de los campanazos dejaron al carcelero tan aturdido, que en vez de echar llave a las puertas de la cárcel, las abrió y se fue. Ahora cuando un pájaro enjaulado encuentra la puerta abierta, lo que hace es dar unos brincos para afuera y volar alegremente lejos. Esto último no podía yo hacer, porque tengo esposa y niños. Y creo, que ahora cuando están en peligro nuestras vidas, las pocas palabras ociosas que dije deben de ser olvidadas. Ustedes necesitan embajadores elocuentes para ir al enemigo, y se me hace que he dado pruebas más que suficientes que no nací un burro mudo. Mi lengua tan fácil, me metió en la cárcel y me parece que es justo que ella me saque. He respirado tanto tiempo el aire pesado de la prisión, y por lo tanto he tenido la necesidad de sentarme quieto, que no me es posible resistir la oportunidad que se presenta para ir de paseo, aunque sea el último. Queridos compañeros, el peluquero Schelle pronunciará un discurso tan conmovedor al enemigo, que Cicerón y Demóstenes aparecerán aprendices en comparación.

"Este hablantín", dijo Herr Adler con duda, "puede ser la muerte de todos nosotros. Poco y al grano, es lo que se necesita, no balbucear fastidiosamente".

"Si mi elocuencia no produjera el efecto deseado sobre el enemigo", contestó Schelle, "les entretendría con tantas chanzas, que el más enojado no podría dejar de reírse. Y si logro hacerlos reír, habremos ganado".

"¿Qué dicen ustedes del ofrecimiento de Schelle?" preguntó Adler al tejedor y al director.

"Las palabras de un necio", contestó Lobo sonriente, "a veces pueden más que las de diez sabios. Si Schelle siente en su corazón un deseo irresistible de acompañarnos yo no desearía oponerme".

"Yo estoy de acuerdo con Lobo", dijo Herr Muller.

"Todas las cosas buenas se encuentran de tres", exclamó Schelle dando la mano a sus compañeros. "Ya estamos todos listos para partir".

"¿No sería bueno", dijo Muller, "que vayamos primero a casa, para despedirnos de nuestras familias? No podemos esconder de nosotros la gran probabilidad de que jamás les volveríamos a ver".

"Con mucho gusto vería yo a mi querida esposa y niños una vez más

para besarlos y abrazarlos y bendecirlos por última vez", dijo Lobo, "¿pero no quebrantarían nuestra resolución con sus súplicas y lamentos? ¿podríamos permanecer firmes cuando nos rueguen a no irnos? Es mejor que vayamos sin ninguna demora".

"El Maestro Lobo habla palabras de oro", dijo Schelle aprobando. "Es mejor que partamos inmediatamente".

"¡Quo les acompañe una bendición!" dijo el presidente hondamente conmovido, "y que vuestras palabras tengan poder. Nuestros bienes ofrecemos al enemigo libremente, con tal que no saqueen la ciudad con fuego y espada. ¡Dios conceda que regresen ustedes a nosotros con felicidad como embajadores de paz!"

La multitud ahora con lentitud iba hacia las puertas de la ciudad y enmedio de ella andaban los tres enviados, cuando gritos de excesiva tristeza y lamentos amargos se dejaron oír detrás. La muchedumbre sorprendida abrió paso, y tres mujeres, seguidas por un tropel de niños sollozando, con prisa corrieron, persiguiendo a sus padres quienes ya iban de camino.

En un momento, Lobo y Schelle fueron agarrados y detenidos tan fuertemente que ya no podían adelantarse un paso, mientras la pequeña niña de Muller, echando sus brazos alrededor del cuello de su padre, con su cara pálida y suplicante, era tan elocuente como los ocho niños de Lobo. "Papacito", dijo Juanita con su voz tan dulce y baja, "por favor papacito, no te vayas, quédate conmigo".

"¿A dónde vas tú?" preguntó la señora de Lobo, apasionadamente; "¿vas a la muerte sin despedirte? ¡quédate conmigo! Ven a casa con nosotros y espera allí con paciencia lo que la Divina Providencia resuelva acerca de nosotros". "¡Quédate con nosotros!" gritaron los hijos de Lobo, reteniéndole firme. "No vayas al enemigo, quien te matará o nosotros y mamá moriríamos todos de pena y de pesar. ¡Quédate con nosotros, papacito de nuestros corazones!" "Quédate con nosotros, papá", los cuatro niños de Scbelle, llorando decían, "no te hemos visto en tanto tiempo".

"Mi querida esposa", dijo Lobo con voz temblorosa y con sentimiento: "yo deseaba evitar a tí y a nuestros niños esta tristeza. Por lo tanto, no quise despedirme de tí. ¡No me quebrantes el corazón con tus lamentos y súplicas! Necesito toda mi resolución para encararme con el peligro terrible que hemos de encontrar. La tarea que he emprendido no es liviana. No agregues a mi carga. Cuando se trata del bien de la ciudad, no se puede considerar el de los individuos. Una vez antes te he dicho ésto, cuando la pestilencia hacía estragos en nuestra ciudad y verdaderamente nosotros experimentamos la protección enmedio del peligro. Un peligro mayor amenaza a Nuremberg y a sus habitantes, y nosotros tres estamos en vísperas de aventurar nuestras vidas con la esperanza de conjurarla".

"¿Por qué no puede algún otro ir en vez de tí?" lloraba la señora Lobo.

"Así diría toda esposa a su propio marido", contestó Lobo. "Es urgente que alguien vaya luego. Resolver, echando suertes, hubiera consumido demasiado tiempo, porque la vida o la muerte pende de cada hora. Adiós, mi querida esposa, adiós, adiós, mis hijos; si no vuelvo obedeced a vuestra madre y sed su consuelo y báculo mientras viva. El Todo Poderoso bendiga a todos. Dado el caso de que el enemigo quiera destruír a todos, ¡que nos encontremos en el otro mundo para no separarnos jamás!

Mi bendición sobre vosotros, niños míos". Lobo besó y abrazó a todos, uno por uno, dándole a cada uno una bendición ferviente. Lo mismo hizo el Director y Schelle, quien por el momento parecía haber perdido su locuacidad.

Los ojos de todos los que presenciaron esta escena se llenaron de lágrimas.

Entre mucho lamento y lloro, el gentío llegó a la puerta de la ciudad. Antes de pasar el puente, los tres embajadores, una vez más, apretaron a sus familiares llorosos a sus corazones.

Las tres mujeres se arrodillaron juntas en la puerta, donde permanecieron hasta perder de vista a sus esposos y padres. "Orad por nosotros y por vosotros", eran las últimas palabras de Lobo.

CAPITULO 7

Los tres hombres caminaron con rapidez, hasta perder de vista la ciudad, cuando poco a poco, insensiblemente acortaron sus pasos.

Anduvieron silenciosos cada cual pensando en la amarga experiencia que acababan de tener despidiéndose de sus seres queridos. Schelle fue el primero en hablar. Se detuvo y se estiró y entonces dijo mirando alrededor.

"Verdaderamente es un alto precio el que pago por mi libertad. Pero no estoy arrepentido. Prefiero encararme con el enemigo aunque me cuesta la vida, que morir de pena entre cuatro paredes. Mejor muero como un embajador, que ser ahorcado como malhechor. Entre dos males, hay que escoger el menor. ¿Será verdad que los Husitas realmente tienen corazón de piedra y no de carne? Huss, por quien pelean, no era en su vida un hombre feroz y la manzana generalmente cae cerca del manzano. Hay que acercarnos a ellos por su lado débil. Esto es lo que haré yo".

Ni Muller ni Lobo contestaron palabra a los dichos del parlero. "Déjenme pensar", seguía él, platicando para sí, "qué será lo peor que nos podrán hacer. Reventar nuestras cabezas. Tal vez traspasarnos con sus lanzas, tumbarnos con sus hachas o quemarnos vivos como se hizo con Huss. ¿Tendré yo valor de cantar entre las llamas, como se dice que Huss hizo? o quizá se divertirán poniéndonos al tormento. Eso no me gustaría".

"¡Cállate, tonto!" gritó el Director estremeciéndose. "¿Por qué atormentarnos con horrores imaginarios precisamente en el momento cuando necesitamos más valor y firmeza?"

"Bien", contestó Schelle, "No quería hacer mal, antes pensaba yo que, figurándonos lo peor que pudiera sucedernos, seguramente la realidad sería menos terrible. Si les gusta, platicaré de otra cosa, para acortar el camino".

"¡Ojalá!" suspiró el Director, "ojalá que el camino al campamento del enemigo fuese tan largo que tardáramos toda la vida en llegar allá!"

"El nombre de su General en Jefe, es Prokop Rasus", decía el incansable Schelle, "Es un hombre muy extraordinario. Rasus significa rabias, pero no doy con el significado de Prokop y generalmente soy un buen adivinador".

"Mucho temo", dijo el Director a Lobo, quien no había dicho una palabra, "que la lengua de Schelle nos causará más daño que bien con el enemigo. Pero, ahí vienen. ¡Que la Divina Providencia nos proteja!"

"Ahí están los antropófagos", suspiraba Schelle, palideciéndose y escondiéndose tras de sus dos compañeros, quienes con valor se adelantaron hasta tocar las puntas de las lanzas de una partida de soldados, que formaba parte de la vanguardia del ejército Husita.

"¡Alto!" gritó un soldado a caballo que hablaba alemán, "o el frío acero llegará a tener más intimidad con vosotros".

"¡Cuánto desearía yo ser un perro!", dijo Schelle entre sí, cuyos dientes castañateaban de terror, "pues entonces correría tan lejos como mis piernas me llevaran".

"Condúcenos con el Jefe Prokop", dijo Lobo, con calma, "somos comisionados que hemos venido de Nuremberg para tratar con ustedes en nombre de nuestra ciudad".

"¡Han venido a tratar!", dijo un soldado burlándose. "Los ratones salen de su cueva para tratar con el dueño de la casa! ¡Regrésense a sus nidos, con sus colas entre las piernas! ¡Váyanse!"

"No regresaremos", contestó Lobo, sereno y firme, "hasta que hayamos dado cumplimiento a nuestro deber. No toca a ustedes resolver la suerte de Nuremberg, sino a su jefe Prokop. Avísenle de nuestra presencia, por lo tanto, y de nuestro propósito, si no les es permitido conducirnos a él".

"Qué palabras tan atrevidas", exclamó otro soldado. "¡Dale con la punta de tu lanza para taparle la boca!" El bohemio así aconsejado, apuntó su lanza contra el pescuezo de Lobo, quien se mantuvo tan firme e inmóvil, como una roca, sin el menor indicio de terror o espanto, El soldado bajó su lanza y dijo riéndose, "Eso sí me gusta. Este pícaro tiene valor a lo menos".

En esto se adelantó Muller y dijo: "¿Conocen ustedes a Uffo Muller? Es mi sobrino. Si está aquí, háganme favor de llamarle y decirle que estamos aquí. Entiendo que es de mu[illegible]alta estima entre ustedes y sin duda no tendrá inconveniente en hablar una buena palabra a su Comandante en favor de su pueblo natal."

Los soldados se miraron y platicaron en su idioma, y en seguida los tres hombres fueron llevados al campamento, custodiados por unos soldados y después de mucha demora, les hicieron pasar a la presencia del Comandante, el Jefe tan temible.

El Jefe estaba sentado en su pabellón rodeado de su estado mayor y al acercarse los ciudadanos de Nuremberg, volteó su cara y mirándoles les dijo en una voz áspera: "¿Quiénes sois y qué queréis?"

El valor de Schelle, del que hacía tanto alarde, se había evaporado mucho ha, y el director asimismo temblaba de pies a cabeza, incapaz de hablar. Lobo sin embargo, contestó con calma y resolución: "Somos comisionados por los ciudadanos de Nuremberg, para suplicar misericordia e indulgencia para nuestra ciudad, que sin ninguna duda.....

"¡Misericordia e indulgencia!" exclamó Prokop. "¿Mostraron ustedes misericordia e indulgencia a Huss?"

"¿De qué manera podríamos haberlo hecho, cuando ni le conocimos ni jamás lo hemos visto?" contestó Lobo.

"Pero un representante de su ciudad estaba presente en el Concilio de Constancia identificándose en el fallo que le condenó a las llamas" gritó el Jefe.

"¿Pero cómo puede una ciudad entera tener responsabilidad por la conducta de uno de sus habitantes?" preguntó Lobo, con suavidad. "A más de ésto, el individuo de que habla Ud. se murió hace años, sin dejar descendientes".

"Sea lo que fuere" contestó Prokop, "¡el fuego que consumió tan cruelmente a nuestro noble Huss, no se apagará sino hasta que las moradas de sus asesinos, con todos sus habitantes, se vuelvan polvo y cenizas! Grimma, Zoitz, Altemberg y Cressen, estas ciudades, ya se han hecho faros de nuestra justa venganza, y Nuremberg participará de la misma suerte".

"Permítame recordarle Herr Prokop", dijo el intrépido Lobo, "que por amor de diez justos, se hubiera evitado el castigo de la ciudad de Sodoma y ¿es posible, que Ud. por el pecado de un hombre, entregará toda una ciudad grande a la destrucción?, misericordioso es nuestro Padre Celestial, paciente y de grande bondad. Imitadle Herr Prokop, y así se mostrará su hijo".

"El Todo Poderoso obra de una manera y hombres pecadores de otra", dijo Prokop. "No hemos de esperar de los hombres, ni se les ocurre mostrar misericordia y paciencia divinas".

"Se dice de Juan Huss", contestó Lobo, "que tuvo compasión de un aldeano que trajo leña para alimentar las llamas que le consumían. Tenga Ud. compasión de nosotros actualmente y no nos destruya".

"¿Quién eres tú, hombre, con tu lengua tan lista? Hablas como hablan nuestros predicadores y con todo te encuentro entre el enemigo?".

"Soy un sencillo tejedor de lino, que está delante de Ud." contestó Lobo, "y si hablo tan confiadamente es porque tengo fuerza y valor, con ayuda de lo alto".

"Si no cree Ud. las palabras de mi amigo, Herr Prokop", dijo Muller, quien ya se había repuesto en su sangre fría, "entonces pregunte Ud. a mi sobrino Uffo Muller, que se halla entre ustedes".

"¡Uffo!" continuó el director, levantando su voz y mirando al derredor, "¡Uffo! si estás aquí y oyes las palabras de tu tío, te ruego que implores a tu Comandante a favor de tu ciudad natal infeliz".

"No te tomes la molestia de hablar", dijo Prokop severamente, "y oíd mi resolución. Seréis detenidos en el campamento esta noche y mañana temprano presenciaréis el castigo que recibirá de nuestras manos su ciudad. ¡Afuera con estos tres hombres!" contestó Prokop, hablando a los soldados "que sean guardados estrictamente", y, dándoles las espaldas se unió a sus compañeros.

"¡Piedad! ¡piedad! ¡piedad!" gritó Schelle en una voz lastimosa cayendo de rodillas delante de él.

"¡Quítenlo!" dijo Prokop impacientemente, meneando la mano, y a Schelle le agarraron y fue llevado a presidio con sus compañeros.

CAPITULO 8

Fué una noche cálida de verano. La tierra yacía en un sueño profundo, pero no fue así ni con los ciudadanos de Nuremberg ni con sus asaltantes. En la ciudad el espanto y la ansiedad alejaban el sueño de todo ojo y en el campamento hubo mucho movimiento y alboroto durante toda la noche.

Enmedio del tumulto, nuestros tres amigos se sentaron anticipando con tristeza los horrores de la mañana, cuando presenciarían la destrucción de su ciudad, la matanza de sus familias y la aniquilación de toda su felicidad mundanal.

Lobo y Muller estaban ensimismados con pensamientos dolorosos. Schelle, al contrario, estaba loco de terror. Se tiró en el suelo y aulló como un animal salvaje, amontonando amenazas y maldiciones sobre las cabezas de sus enemigos, quienes, felizmente para él, no entendieron lo que decía.

Lobo alzó sus ojos al cielo, donde las estrellas silenciosas brillaban con hermosura. El sabía que por encima de estos indicios de poder y majestad sublimes, reinaba un Dios misericordioso y compasivo, el árbitro de todo lo que acontece, quien no aflige ni permite que sobrevengan penas a los hijos de los hombres, sin razón.

Lobo se había encarado confiadamente con la pestilencia, considerándola algo mandado de Dios, pero no podía contemplar con la misma resolución y resignación tranquilas, la ruina que se aproximaba a Nuremberg por la voluntad caprichosa humana. Procuraba orar que la copa amarga pasara de él, pero sus pensamientos fueron tan distraídos y confusos, que tenía que dejar su propósito piadoso. Las horas terribles de anticipación caminaban con lentitud. La media noche hacía mucho había pasado. Schelle, que se había quedado quieto un largo rato, de repente se levantó del suelo donde estaba tendido boca abajo, y miraba desatinadamente por todas partes. Viendo que los guardias estaban medio dormidos y olvidados de sus presos, empezó a alejarse, arrastrándose con toda precaución.

"¿A dónde vas?" preguntó Lobo en voz baja, "¿qué haces? ¿piensas escapar? Es imposible y solamente resultaría en la muerte de todos nosotros".

"Déjame", contestó Schelle, "no voy muy lejos, solamente voy a la tienda de Prokop, pues en un rincón se halla el tambor mágico de Ziska, y si logro agujerarlo se salvará Nuremberg. Algo me dice que sólo así nos salvaremos".

"Estás completamente loco" exclamó Lobo atónito. "Ayúdeme Herr Muller a evitar que este loco salga. Si tú no abandonas en este mismo momento tu necio intento, llamaré a los guardias. ¡Qué locura creer que haciendo agujeros en un tambor se pondrían fuera de combate a tantos miles de soldados!"

"Son cuentos de este hablador Stein", dijo Muller, "solamente las viejas y criaturas creen semejantes dichos Schelle", dirigiéndose a éste. "ningún agujero en un tambor nos puede ayudar y librar. Sólo la Divina Providencia, en cuyas manos están los corazones de los hombres".

El peluquero se dio por vencido y abandonó su absurdo propósito.

Por fin se aclaraba, y enseguida aparecieron los albores hermosísimos

de un día glorioso. Luego se oían en los árboles los cantos matutinos de los pájaros. El bullicio del campamento contrastaba notablemente con el paisaje tranquilo en derredor. Por enmedio de los soldados alborotados, los tres comisionados fueron una vez más conducidos a la tienda de Prokop.

"Regresen a su ciudad y denles aviso de su inminente destrucción", dijo el General. "Díganles que tienen plazo hasta medio día para prepararse a la muerte. El que se atreva a presentarse en nuestro campamento suplicando misericordia, encontrará una muerte cruel. De esta manera y en estos términos contestarán a los que les han enviado".

"Oh, Señor", contestó Lobo encarecidamente, "¡mire al sol naciente! ¡mire cómo sus rayos hermosean el pasto verdoso! ¿es posible que usted desea que este mismo sol se ponga esta noche en la sangre de sus semejantes y que sus últimos rayos iluminen las ruinas humeantes de una ciudad feliz? Muéstrenos misericordia señor, para que nuestro Padre Celestial tenga misericordia de usted!"

"¡Piedad! ¡perdón! ¡misericordia!" gritaron Muller y Schelle.

"¡Afuera, generación de víboras! Idos. Vuestra súplica es en vano", contestó Prokop; y echaron fuera del campamento a los tres hombres.

Con sentimientos de extrema desolación y de completa desesperación los tres tomaron el camino a Nuremberg. ¡De qué noticias tan terroríficas eran ellos los portadores a sus ciudadanos que les esperaban con tanta ansiedad! Como el día anterior se les acortaban sus pasos al aproximarse al campamento, así también ahora más y más lentamente caminaron al acercarse a su ciudad. Tras lágrimas que les cegaban, veían las torres, murallas y puertas de Nuremberg bañadas en la luz de la mañana. Al cruzar el puente, que apresuradamente fue bajado, fueron recibidos con gritos de alegría y rodeados y abrazados y saludados por sus esposas y niños quienes habían esperado hasta muy noche el día anterior y desde muy temprano ahora. Viendo tanto gozo sintieron los tres mensajeros mayor pena, pensando que toda esa alegría dentro de pocas horas sería trocada en llanto y desesperación. Las noticias terribles no se podían ocultar, pues todo el mundo preguntaba impacientemente el resultado de su misión. Al escuchar las pavorosas nuevas, se oyeron gritos de angustia y de tristeza, de lloro y de lamentación. Las mujeres arrancaban sus cabellos y se daban golpes de pecho diciendo, como Job, ¡ojalá que nunca hubiéramos nacido! Los niños lloraban también desconsoladamente sin saber por qué, y apretándose a sus madres, buscaron protección como si ya hubiera llegado el peligro temible. Algunos de los hombres no dijeron palabra. Otros, llenos de rabia, pisoteaban furiosamente el suelo, deseando que sus enemigos estuvieran a su alcance para poderles atacar con toda la energía de la desesperación. En esos momentos de tumulto, la comisión rindió su informe a las Autoridades dándoles una relación exacta de lo que había pasado en el campamento del enemigo.

Cuando concluyeron su informe, Herr Adler les dijo: "Habéis hecho todo lo que hombres valientes pudieran hacer. Les agradecemos con todo nuestro corazón por la tarea tan difícil y peligrosa, que con tanta fidelidad habéis desempeñado. Y vuestros nombres y vuestro patriotismo tendrán un lugar honorable en los vastos de la historia de su país. Nada nos resta sino esperar al enemigo, espada en mano, pidiendo a Dios una muerte instantánea, para nosotros y para nuestras familias. A El pues

nos encomendamos. Apresúrense mis queridos paisanos, cada uno al puesto ya designado. Defiendan las murallas. Suban a las torres. Protejan las puertas", y el presidente señaló para estos sitios tan importantes a los ciudadanos más valientes. "Disputaremos a cada metro con el enemigo. Haremos de cada tramo de la muralla, de cada casa, una fortaleza, y al fin, nos sepultaremos debajo de los escombros. Los viejos y las mujeres enfermizas con los niños pequeños, han de encerrarse en los lugares ocultos, atrancando las puertas y orando incesantemente, pidiendo misericordia a Dios para nuestro pueblo. Váyanse, hermanos míos, que sea hecho como yo ordeno". Y los diputados se despidieron en silencio del presidente, preparándose para salir del palacio.

"Dispensen que los detenga un momento, caballeros" dijo Lobo como si despertara de un profundo sueño. "Un último medio se me ha ocurrido por el cual posiblemente se puede lograr ablandar el corazón del comandante enemigo. Si fallara este medio, todavía nos queda la alternativa de perecer por las espadas de nuestro enemigo".

"¿Y qué será este último medio?" preguntó Adler algo incrédulo. "Díganoslo prestamente. El tiempo es precioso. No hay un momento que perder".

"Tenemos en nuestra ciudad" dijo Lobo, "una clase de suplicantes a quienes siempre nos es difícil rehusar algo que nos piden. Una clase de suplicantes, que sin duda no es desconocida a los corazones de nuestros adversarios".

"¿Es posible que Ud. señale a nuestras esposas y a nuestras hijas?" exclamó el presidente, mirándole y enfurruñándose. "¿Piensa Ud. que las enviaremos a ellas como suplicantes al campamento enemigo? ¡No! ¡No! Lobo, antes la muerte que ésto".

"Usted no me entiende" contestó Lobo, "no me refiero a nuestras esposas, sino a nuestros niños. ¿Qué padre hay entre nosotros que pueda resistir los ruegos de sus niños? ¿Cuál de nosotros rehusaría obsequiar sus ardientes súplicas? Si nos piden pan ¿quién les daría una piedra?"

"¡Es verdad!" gritó Schelle, "Lobo ha dado en el mero clavo".

"Estoy también de acuerdo", dijo el Director. "Cualquiera cosa que mi pobre Juanita me pidiera, aunque fuese con grandes sacrificios se la concedería".

"Propongo" continuó Lobo, "que enviemos a todos los niños y niñas que puedan andar hasta el campamento del enemigo; es decir, de los cinco a los catorce años, que vayan vestidos de blanco y descalzos, como si estuvieran en sus mortajas, y que cruzando sus manitas y arrodillados, a una voz supliquen que se muestre misericordia para con Nuremberg. Si Prokop rechaza a estos suplicantes inocentes, entonces podremos aguardar al enemigo con valor y resignación, vendiendo nuestras vidas tan caras como podamos".

"Ya se olvidó Ud." dijo Herr Lindau, "que Prokop amenazó con una muerte cruel a cualquiera nueva comisión que se aventurara a entrar al campamento".

"No lo he olvidado", contestó Lobo, "pero pienso que si la muerte es inevitable para todos nosotros, sale lo mismo que nuestros niños sean muertos a cuchillo aquí delante de nuestros ojos, o a lo lejos. En el último caso se nos evitaría mucho sufrimiento y cada padre y cada madre pe-

learía con desesperación si viera la sangre de sus niños tiñendo las manos y las espadas de sus contrarios".

"Este modo de despertar nuestro valor para pelear" dijo Herr Lindau meneando la cabeza, "me parece la cosa más extraña en el mundo, ¿quién voluntariamente entregaría a sus niños en las quijadas del tigre sanguinario? Confieso que me falta valor para hacerlo. ¿Qué valdrá la victoria comprada a un costo tan elevado? La muerte misma es preferible a la vida sin nuestros niños".

"Estamos de completo acuerdo, Herr Lindau" dijeron los demás Diputados unánimemente".

"Sin embargo", dijo el presidente, "lo que dice Lobo, no debe ser desechado ligeramente. Revela un conocimiento íntimo de lo más recóndito del corazón humano. Si hay algún modo de tocar los corazones de nuestros enemigos, es el que propone Lobo".

"Usted no tiene niños, Herr presidente", exclamó Lindau violentamente, "de otro modo no hablaría así".

"Regreso en un momento" dijo Lobo, saliendo apresuradamente.

Pronto regresó, acompañado de todos sus niños, quienes, con su mamá lo esperaban abajo.

"Aquí están mis niños", dijo con ojos relucientes, "¿me preguntan ustedes si les amo? ¿que si considero algún bien material, aún mi propia vida de mayor valor para mí? ¡Hijos! ¿se atreverán ustedes a salir al enemigo si así yo les ordenara para implorar la salvación de nuestras vidas?

"¡Sí! ¡Sí! ¡Sí, iremos! ¡Sí!" gritaron todos los niños menos Wilfrido, quien dijo tristemente: "yo también, si me permites ir".

"¿Quién te prohibiría ir, hijo mío?" preguntó Lobo sorprendido.

"Mamá dijo que la próxima vez que fuéramos de paseo, tendría yo que quedarme en casa, porque tiré piedras al gato de Juanita", dijo Wilfrido penitente.

"¡Cuando vayamos de paseo!" repitió Lobo tristemente. "Sí, hijo mío, tú puedes acompañar a los otros en este paseo".

"Puedo ir también", gritó Wilfrido gozoso a sus hermanos y hermanas, y su padre volteó al Consejo y dijo con labios trémulos: "Han oído ustedes que mis niños están prontos y listos a ir y que yo también estoy dispuesto a enviarles".

"Mi único hijo les acompañará", dijo Lindau con ardor.

"Y mis cuatro niños" dijo otro diputado. "Y los míos". "Y los míos", se oyó de los labios de todos los padres. Aún Schelle unía su voz con los demás. El único que guardó silencio fue Muller que al fin dijo suspirando: "¡Ojalá que mi Juanita pudiera ir!"

"¡Figúrense!" gritó Lobo con entusiasmo, "¡figúrense, mil niños todos vestidos de blanco, descalzos, con sus cabellos peinados y arreglados!" ¡Se acercarán a los soldados bárbaros como si fueran unas huestes de ángeles puros! ¡Figúrense cómo con toda humildad, cruzarán sus manitas y doblarán sus rodillas y pedirán con sus dulces voces juveniles misericordia. El sólo pensamiento ablanda mi corazón, y me imagino oír del cielo una voz que me dice: "No temas, será vencido el enemigo".

Todos los presentes guardaron silencio un rato, conmovidos por el cuadro que Lobo les había dibujado ante sus ojos. Al fin Adler habló: "Hay todavía una dificultad, ¿quién será el guía de los niños para que caminen bien? ¿quién les inspirará valor en el camino? ¿quién les enseñará

lo que deben decir, instruyéndolos cómo se deben portar en la presencia del enemigo? Enviar nuestro rebaño de corderitos preciosos sin un pastor que les guíe y les proteja, sería entregarlos a cierta destrucción".

"Permítanme ser el Pastor" dijo Lobo ardientemente, "Yo les llevaré y, si es necesario, moriré con ellos".

"¡Lobo! ¡Lobo!" exclamó el presidente fuera de sí, "Tú eres la joya de Nuremberg".

"Estos son nuestras joyas" contestó Lobo con una sonrisa melancólica, señalando a sus propios niños.

Cuando Lobo salió del palacio, encontró a su esposa todavía esperándole en la plaza del mercado. Wilfrido, adelantándose, corriendo gritando de júbilo, "También puedo ir con ellos, mamacita. Papá me ha dado permiso".

"Ir con ellos, ¿a dónde?" preguntó la señora Lobo, sorprendida, porque un paseo a los campos no era posible en las circunstancias actuales.

"Vamos al campamento enemigo", contestó Wilfrido, "todos vamos juntos y los demás niños del pueblo van con nosotros. Todos iremos vestidos de blanco, con nuestro cabello bien peinado y cepillado, y las niñas irán descalzas, lo mismo como los muchachos".

"¡Van al campamento!" repitió la señora Lobo, quien no podía creer a sus propios oídos.

"Sí, mi querida esposa", dijo Lobo. "Un último ensayo tiene que hacerse para tocar el corazón de Prokop, y nuestros niños lo han de hacer".

"¡Nuestros niños!" gritó la señora Lobo, "¡nuestros corderitos inocentes! ¡Estoy cierto que ningún padre jamás imaginará tal cosa, ni habrá madre que estará de acuerdo! ¡Mejor pondríamos nosotras nuestras propias vidas! ¿Cómo se llama ese hombre desalmado que quiere sacrificar nuestros niños al enemigo para salvar su propio pellejo? Sin duda es el presidente Adler, quien no tiene hijos propios".

"Su apellido no es Adler", contestó su esposo, "sino Adrián Lobo. Sí, mi querida esposa, yo soy el autor del plan: yo que tengo ocho niños muy queridos míos, que amo más que a mi propia vida".

"¡Tú! Adrián, ¡tú!", titubeaba la señora Lobo, tan atónita que apenas podía hablar.

"Es como yo te digo", dijo Lobo, "y ahora hay que apurarse. El tiempo pasa velozmente y si tardamos, la destrucción de Nuremberg será cierta. En menos de una hora todos los niños deben estar vestidos de blanco y alistados para partir."

"¿Y tienen que ir todos nuestros ocho niños?" preguntó la señora Lobo con grande angustia.

"No he pensado dejar ni uno. Tal vez uno o aún dos de los nuestros no serán echados de menos entre tantos, pero resuelve pronto cuáles serán y entonces escóndelos para que los vecinos no los vean".

La pobre mujer miraba con ojos llorosos a su pequeña tribu de niños. Miraba a uno y luego a otro sin poder resolver. Por fin, pues su marido le incitaba a no perder más tiempo, dijo apresuradamente: "Ven a mí Bertha mi hijita más pequeña, tú has probado muy poco de los placeres del mundo. Además, tú eres la más indefensa de mis niñas. Tú Wilfrido, también, aunque tuve que castigarte, te amo con todo mi corazón, estate conmigo. ¡Oh, qué miserable mujer soy yo! ¿cómo puedo dejar ir a Beatriz, que me ayuda tanto? Y ¿tú, Juan, hijo mío, mi primogénito?

¿Qué diré yo? ¿que no amo a mi pequeño Martín y a mi vivísima Sarita y a Rubén? ¿Que no tengo cariño para todos, para cada uno, tanto como para los otros? ¡No, no es posible peferir a uno antes de los otros! ¡No puedo separarme de ninguno de mis hijos!"

"Bien sabía yo cómo sería", dijo Lobo con una sonrisa triste, "y por eso te permití escoger uno. Pero ya no podemos desperdiciar ni un momento para llorar, si queremos evitar que perezcan todos juntos".

"¿A mí no me van a detener en la casa cuando los otros vayan?" preguntó Wilfrido.

"Déjame ir también", dijo Bertha sollozando. "He sido buena muchacha y no le he tirado piedras al gato de Juanita como Wilfrido hizo".

La señora Lobo ya no se opuso a la voluntad de su marido, pero procuraba consolarse, pensando que el proyecto al fin no se llevaría a cabo. "Lavaré y vestiré a los niños", se dijo, "y los alistaré lo mejor que pueda, pero creo que las otras madres no dejarán salir al encuentro del enemigo a sus niños. No todas son humildes y obedientes a sus maridos, como yo a mi Adrián, y si ellas no dejan ir a sus niños, tampoco permitiré a los míos ir".

CAPITULO 9

Aunque la señora Lobo se consolaba con la esperanza que las demás madres de Nuremberg no permitirían a sus niños salir al campamento enemigo, no se sentía tranquila.

Crecieron sus temores al oír de las casas vecinas, gritos y lamentaciones, y vió por las ventanas, que todos los niños se alistaban lavándose, peinándose y poniéndose vestidos blancos. A pesar de su tristeza, no dejó de preparar a sus propios niños con todo el esmero posible. Les lavó y secó sus caras, manos y pies con tanto cuidado, como si fueran a una fiesta. Escogió las camisas más nuevas, blancas y planchadas, cuidando que no se vieran los pantalones de los muchachos ni las ropas interiores de las muchachas. Peinaba, cepillaba y aceitaba su pelo dejándolo brillante, y así ocupada, medio olvidó su tristeza y entretuvo sus pensamientos, pero cuando por fin los ocho niños estaban listos y se veían delante, todos limpios, chapeados y risueños, con sus vestidos blancos y sencillos, su pesar se desbordaba con mayor violencia que antes. "¿Cómo puedo dejarlos ir al enemigo?" dijo ella con acento doloroso y desesperado, "¿he de permitiros ser llevados cual corderitos inocentes al matadero? ¿y quién será el guía? seguramente alguien que no tiene hijos propios".

"Yo voy a guiarles", dijo Lobo tristemente.

"¡Tú!" exclamó su mujer, volviéndose pronto hacia él, "¡Otra vez tú! ¡Entonces de un sólo golpe voy a quedar viuda y sin hijos! ¿Cómo puede ser justo ésto? ¿dónde está la caridad?"

"Hemos de poner nuestras vidas aún por los hermanos", contestó Lobo con ternura y a la vez con firmeza, "¡Feliz me consideraría si con mi vida pudiera comprar las de mis niños y mis paisanos! Pero.....¡oye! ya llegó la hora. Vámonos".

Se oyó por las calles el sonido del tambor, pero no como se acostum-

braba, con su sonido que parecía desafiar a todo el mundo, sino débil e interrumpido, pues Stein tocaba el tambor con las manos temblorosas y con el corazón palpitante.

De vez en cuando, dejó caer los palitos diciendo: "¡Ay de mí que estoy llamando a la muerte a mis propios hijos! ¡pobrecitos! ¡Oh, qué enemigo tan cruel!" y otra vez tocaba con furor, como si descargara golpes sobre las cabezas de los Husitas, hasta que de nuevo sus sentimientos hicieron que sus manos desistieran de su tarea.

Los niños salieron de las casas por todos lados, al oír el tambor, y, seguidos por sus madres que lloraban, fueron a la plaza principal delante del Palacio, llenando las calles y callejones en camino.

Pero mientras las madres lloraban y estrujaban sus manos y los padres vanamente procuraban reprimir sus lágrimas, los niños miraban por todas partes y parecían llenos de entusiasmo para desempeñar su tarea.

Cuando todos se hallaron reunidos, ¡qué variedad interesante se presentó! Se veían ojos negros, azules y grises, y cabelleras de todos los matices, desde negro hasta castaño claro, había niños de todas las edades y de todos los tamaños. ¡Qué vista tan atractiva era!

Los ciudadanos que no podían entrar a la plaza llenaron las casas al rededor y todas las ventanas estaban llenas de las caras risueñas de los niñitos demasiado pequeños para acompañar a sus hermanos y hermanas mayores, y detrás de éstos se veían las de sus madres infelices que lamentaban acongojadas. Al lado de las anchas gradas, enfrente del palacio, Muller el director se paraba, cargando en sus brazos a su hijita Juana, quien envidiaba a la multitud de niños entusiastas abajo.

"Papacito", dijo besándole y echándole sus brazos al derredor de su cuello con cariño, "te suplico me permitas ir con ellos. Desde que el nuevo Médico me curó, poniendo el nuevo emplasto a mi pierna, la siento más fuerte. Permíteme ver si puedo andar".

"Hija mía, no sabes lo que pides", dijo Muller estremeciéndose y con voz agitada, "¿será tu primer paseo, un paseo a la muerte? ¡Y de nosotros tal vez a todos, no nos restan más que dos horas de vida!".

El presidente municipal ahora se presentó en las gradas delante del palacio acompañado de las demás Autoridades. Todos ellos se arrodillaron. Hicieron lo mismo los niños reunidos y los hombres y mujeres que presenciaron lo que pasaba. Un silencio de muerte se extendió por la inmensa muchedumbre, mientras que Lobo oraba con fervor y elocuencia, rogando que la piedad divina acompañara a los corderitos indefensos que iban a salir, como también quedara sobre todos los habitantes de Nuremberg. Concluída su ferviente plegaria, todo el pueblo se unió en un "amén" que salía de lo más recóndito de sus corazones. Después de ésto, los niños con Lobo a la cabeza, pasaron revista lentamente por las gradas del palacio y todos los que estaban ahí parados desde el presidente hasta el tamborista les dieron una bendición llorosa de despedida. Lo mismo hicieron los que estaban en las ventanas y con el ruido de tantos piecitos, se oían revueltos los sollozos y gemidos de los infelices padres, quienes siguieron la larguísima procesión de niños hasta las puertas de la ciudad. Aquí las madres angustiadas se despidieron por última vez de sus niños, y muchas de ellas se desmayaron, y entre ellas la señora Lobo, una mujer fuerte y gruesa. Fácilmente se pueden imaginar los sentimientos del pobre Lobo, quien había pensado y propuesto este plan, que había traído

tanta angustia a los corazones de sus conciudadanos. Solamente la confianza más inmóvil en Dios, podía sostenerlo en su resolución y capacitarle para perseverar en su cometido.

Mientras los niños salieron de la ciudad, la campana de la torre grande tocaba, llamando a los ancianos e inválidos a presentar sus peticiones para el regreso en seguridad de los pequeños. Pero la mayoría de las madres se hicieron sordas al llamamiento. Subieron a las murallas, al lado que miraba al camino que conducía al campamento enemigo. Ahí se estuvieron sacudiendo violentamente las lágrimas que les cegaban y dando una última despedida a sus niños hasta que desaparecieron de su vista.

Lobo ahora se halló a solas con su precioso encargo. Sintió que era responsable por cada uno de los pequeñuelos entregados a su cuidado. De su corazón sobrecargado se escapaba un profundo gemido. Muy pronto, sin embargo, sus pensamientos fueron desviados de su melancolía por las exclamaciones divertidas y preguntas numerosas de los niños, quienes querían saber algo de la apariencia del campamento enemigo y cómo deberían portarse al llegar allá. Sus piecitos andaban con más y más prisa, y se adelantaron con tanto entusiasmo e impaciencia como si fueran a una tertulia, en vez de enfrentarse con un ejército acampado. En vano se opusieron los soldados atónitos, presentándose en una formación cerrada y compacta. Los niños sin miedo y con una confianza les empujaron con pasos resueltos y rostros indómitos. Ni un sonido, ni una oración, ni un grito de terror escapó de sus labios. De la misma manera que un león majestuoso y real, se domina por la mirada resuelta de un ser humano, así los soldados perplejos ante las miradas irresistibles de los niños, tan inocentes y tan valientes, levantaron sus lanzas y los dejaron pasar. La procesión llegó sin obstáculo, enfrente del pabellón de Prokop, donde hubo numerosos oficiales que habían acudido violentamente para saber del comandante cómo se deben tratar las huestes de niños, vestidos de blanco que se acercaban. Con mucha fiereza el marcial Prokop se adelantó de en medio de su estado mayor.

"¿Qué significa ésto?" dijo con mucha austeridad, "¿cómo se atreven....."

En ésto, los niños cayeron de hinojos levantando sus pequeñas manos cruzadas, y miles de voces juveniles pidieron en coro claro y mesurado "¡piedad! ¡piedad! ¡piedad!".

Entre los suplicantes juveniles, Lobo se paró solo, cual peña entre las olas.

La impresión que el grito tres veces repetido, pidiendo misericordia, de los niños arrodillados, vestidos de blanco, efectuó en los ánimos de los soldados fue completamente irresistible, aunque nadie lo confesó ni a sus compañeros ni a sí mismo. Al contrario, Prokop asumió la apariencia de excesivo enojo y volviéndose hacia Lobo, le dijo con dureza: "¡Qué hombre tan descarado! ¿cómo te atreves otra vez a comparecer delante de mí? ¿te has olvidado con qué te amenacé?"

"Señor", contestó Lobo con toda mansedumbre, "de la boca de los pequeños y de los que maman, Cristo nuestro Señor, ordenó alabanza para sí. Haga Ud. lo mismo, oyendo las oraciones de estos pequeños y conceda misericordia a sus padres y madres. Si Ud. tiene niños propios, puede apreciar la grandeza del sacrificio que los padres de estos niños han hecho, y la confianza que reposa en su liberalidad".

Arrodillados con las manitas cruzadas,
los niños piden misericordia.

"¡Bajen las manos!", dijo Prokop con aspereza fingida a los niños. "¿Hay algunos niños suyos, entre éstos?" continuó hablando a Lobo.

"Sí, señor", contestó Lobo, "todos mis niños, ocho en número están aquí presentes".

"¿Dónde están? ¿cuáles son?" preguntó Prokop, "para que los pueda castigar por la desobediencia y atrevimiento de su padre".

"Están repartidos entre los demás niños", contestó Lobo palideciendo. "No puedo hallarles fácilmente entre tantos niños, todos vestidos de blanco".

"Entonces yo lo haré por tí", gritó Prokop riéndose. Valiéndose de la misma maña de que se valió el Sabio Salomón para descubrir la verdadera madre del niño vivo y la del niño muerto, dijo: "¡Sapka! ¡Rudnitz! ¡Janeck!, que pasen a cuchillo a este hombre impertinente".

Antes de que los tres soldados indicados pudieran sacar sus espadas, los ocho niños de Lobo se separaron de la muchedumbre y rodeando a su papá y colgándose de él, pedían encarecidamente que fuera perdonado.

"Esto es lo que yo quería", dijo Prokop. "De manera que éstos son tus niños. Son muchachas y muchachos muy guapos y son tan confiados como su padre. Ahora escúchame: Me has despreciado, y has sido insubordinado a mis órdenes estrictas. No has hecho caso de mi amenaza, que cualquiera que se atreviera a comparecer delante de mí otra vez, sería muerto. Por eso, tú y tus niños serán sacrificados, y el resto, con sus padres y el pueblo de Nuremberg, serán perdonados. Seguramente ésto es una resolución justa. Es muy razonable y más deseable que destruír toda la ciudad juntamente con todos esos niños, dejando únicamente a tí y a los tuyos vivos".

El pobre de Lobo quedó casi privado oyendo la sentencia tan tremenda. Puso las manos sobre sus ojos, apretándolos; luego contemplando a sus niños que todavía se encontraban muy cerca dijo tartamudeando: "Si no hay nada que pueda persuadirle a cambiar su resolución, concédame a lo menos, la gracia de ser muerto, el primero". Lobo que hasta ahora se había mostrado tan firme y valiente hubiera caído al suelo, si sus niños no le hubieran sostenido. Evidentemente, el deseo de Prokop era de poner a prueba la resolución de los niños de Lobo, y dirigiéndose a ellos, les preguntó:

"¿Se atreven ustedes a morir?"

"¡Oh, sí!" gritó Juan inmediatamente, "si perdonas a papá y a mamá y al resto de los niños y al pueblo".

"Tú crees que es cosa fácil morir, escuintle", dijo Prokop, "pero se oiría un canto muy diferente si vieras aproximarse la muerte." "¡Janeck!" continuó, dirigiendo la palabra a un soldado: "¡saca tu espada!"

Juan miraba sin miedo al soldado y al acercarse éste, le dijo: "No me harás nada, Janeck, estoy seguro. ¿No ayudé a llevarte a nuestra casa cuando te encontramos enfermo y caído en la calle? y cuando estabas en nuestra casa ¿no te cuidé en tu enfermedad? ¿no te dimos sopa muy buena? Es cierto que te fuiste ocultamente, sin darnos las gracias, llevando la camisa y capa de papá contigo".

"¿Qué cuentos son éstos del niño?" preguntó Prokop, al soldado, quien había escuchado a Juan sorprendido y confuso.

"No lo sé", tartamudeaba el hombre dejando caer su espada, "No conozco al muchacho".

"Pero yo sí te conozco", dijo Juan confiadamente, "estoy seguro. Te conozco por las cicatrices en tu cara, y ¡mira tu chaqueta! es del paño azul de la capa de mi papá. Papacito, ¿no es cierto que es ésto una parte de tu capa? ¡Martín! ¡Beatriz! mírenla y díganme si no tengo razón".

"¿Qué tenía el hombre?" preguntó Prokop frunciendo la ceja.

"Pues", contestó Juan, "este hombre a quien usted llama Janeck se encontraba en nuestra ciudad, medio muerto, junto a la fuente de nuestro mercado. Tenía mucha sed y mi hermano Martín le dio agua para beber y una pieza de pan que traía para su desayuno; aunque Stein afirmó que era un Husita. Nadie quería ayudarlo porque era Husita y temieron que estuviera enfermo de la muerte negra, hasta que mi papá lo metió en la casa y lo curó. Y como nadie nos quería prestar una parihuela, tuvo mi papá que quitar la puerta de la casa para llevarlo. Papá, mamá y yo nos molestamos mucho con él. Al principio deliraba, pero pronto se alivió y tenía el apetito como de un lobo. Al tercer día encontramos el cuarto vacío, pues se fue, llevando consigo la capa y camisa que papá le había prestado mientras se secaban sus ropas".

"¿Es ésto verdad?" preguntó Prokop, dirigiéndose al hombre y relampagueando sus ojos de indignación.

Vergüenza y miedo impidieron que contestara Janeck y Juan dijo: "Es la pura verdad. Mi papá y todos los demás somos testigos. No es posible inventar una historia así en un momento, especialmente cuando la espada está a la garganta de uno."

"¡Vil ingrato!" tronaba Prokop rabioso, dándole a Janeck tal golpe en su pecho con su puño de hierro, que cayó privado al suelo. "¡Cuélguenlo en el árbol más cerca!" ordenó a los soldados. "Es una vergüenza que lleve este canalla el nombre de Husita! ¡fuera con él! ¡fuera de mi vista!"

"¡Oh, querido señor!" interpuso Juan, implorando, "le ruego no se enoje tanto. Es cierto que Janeck merece castigo, tal vez por su ingratitud y deshonestidad, pero no tanto, no merece ser colgado y muerto. Mi conciencia me acusaría todo el resto de mi vida de haber contado a Ud. ésto de él. Pero tal vez por causa de la bondad que le mostramos, tendrá Ud. misericordia de nosotros y nos dejará ir a casa con los demás."

"¡Piedad! ¡piedad! ¡piedad!" gritaron los niños de común acuerdo; y otra vez doblaron sus rodillas y levantaron sus manos cruzadas y miraron con ojos suplicantes a Prokop.

Este, después de contemplar por unos instantes a los niños arrodillados, se volvió hacia Lobo quien permanecía inmóvil y absorto en oración silenciosa. Por un momento Prokop descansó su cabeza sobre su mano pensativamente. Cuando otra vez la enderezó, toda fiereza y enojo habían desaparecido de su rostro.

"Niños, me han conquistado" dijo benignamente. "Tendrán misericordia ustedes y sus padres y Nuremberg también. Dame tu mano Lobo, tú eres un hombre noble. ¡Si Constancia hubiera tenido hombres como tú adentro de sus murallas, el noble Juan Huss jamás hubiera sido vilmente asesinado y la tierra hubiera tenido que responder por un crimen menos! Váyanse a casa en paz: Tiene Ud. mucha razón de estar orgulloso de sus niños. Por amor de ellos, la vida de Janeck será perdonada, pero jamás se parará delante de mí de nuevo." "Y vosotros", dirigiéndose a los soldados, "dad algo a los niños de comer y beber y algunos capulines

dulces para que puedan ir a sus casas felices y alegres, después del susto que han recibido".

Un grito de placer salió de los labios de los niños diez veces más fuerte que sus súplicas de misericordia, mientras Lobo apenas podía darle las gracias, al ver su obra tan gloriosamente coronada de éxito y los mismos soldados dieron un fuerte VIVA de aprobación.

Prokop mientras, dejando a sus Oficiales ver ejecutadas sus órdenes, se dirigió a su pabellón con un sentimiento de mayor satisfacción que pudiera haber tenido después de haber asaltado una población floreciente y haber pasado a cuchillo a sus habitantes. Había obrado con el espíritu de Juan Huss. Los niños pronto recibieron pan, carne y agua endulzada con miel. Los soldados, sin embargo, no quisieron perder el tiempo arrancando los capulines de los árboles de las huertas, antes cortaron las ramas con sus espadas y dieron una a cada niño. Estos comieron con toda prisa y con la boca atestada de comida, con pan y carne en una mano y una rama de capulines en la otra, tomaron el camino a sus casas. Sus pequeños corazones rebosaban de alegría y olvidando toda su fatiga, corrían con toda la velocidad de sus piernas; Lobo corrió con ellas, tan feliz como cualquier niño de entre ellos.

"Todas las gracias y la alabanza sean de tí, Señor" dijo en su corazón. "¡Guárdame de orgullo y arrogancia! Tú eres quien me inspiró con la esperanza que las oraciones de nuestros niños, ablandarían los corazones de nuestros enemigos. Tú sólo puedes controlar las voluntades desenfrenadas y las pasiones de hombres pecadores. A tí sea la gloria y la alabanza, amén".

CAPITULO 10

Mientras los niños de Nuremberg ganaban su victoria insanguinaria sobre sus contrarios; las madres temblando y ansiosas estaban en las murallas de la ciudad, atentas a percibir algún vestigio de sus queridos niños. Los rayos ardientes de un mes de Julio se derramaban desatendidos sobre sus cabezas, cuando un ruido como el rugido de fieras salvajes fue llevado a sus oídos por la brisa cálida del verano. Se miraron con horror y desesperación. Algunas desmayándose, cayeron al suelo sin decir palabra. Otras exclamando que era el grito de muerte de sus niños asesinados, se dirigieron a los ciudadanos armados que hacían guardia sobre las murallas, importunándolos con acentos de rabia y furor, a salir luego, luego, para asaltar al enemigo y vengar a sus inmolados pequeñuelos, si no merecían ser llamados cobardes, viles y de apocado corazón. Los ciudadanos se compadecían de la tristeza amarga de las mujeres pero no contestaron, sino seguían con calma preparándose para el conflicto, y para su propia destrucción y la de la ciudad; porque todos sabían que se acercaba la hora de medio día, cuando Prokop llevaría a cabo su venganza anunciada. Los atalayas miraban ansiosamente desde sus puestos elevados, para dar aviso lo más pronto posible, del acercamiento del enemigo. Habiéndose tocado las doce, tal vez por última vez, se vió echar mano a su bocina a uno de los vigilantes, poniéndola en sus labios. ¿Qué podría tener que

avisar si no fuera el avance del enemigo? ¡Todos los ánimos se sintieron exaltados! los hombres agarraron sus espadas y crujieron los dientes al escuchar sin respirar los tonos bajos de la bocina. Se dejaron oír las palabras temibles: "Hay mucho movimiento en el campamento enemigo. Las tiendas desaparecen. Se levanta una grande polvareda. ¡Ya vienen!" Un movimiento general de los ciudadanos armados seguían estas palabras.

"Hagan favor de dejar despejado el camino, buenas mujeres" dijo Herr Adler a las madres que todavía se habían quedado en las murallas, "favor de bajar. Cuando necesitemos su ayuda les avisaremos. A nosotros, los hombres, nos toca demostrar a nuestros contrincantes que sabemos cómo defendernos y vengar la muerte de nuestros niños".

Las palabras del presidente fueron acogidas por el estrépito de las armas y por la marcha mesurada de los detalles de hombres yendo a sus puestos designados sobre las murallas y a las puertas. Un silencio profundo siguió al ruido momentáneo de la preparación y se oyó de nuevo la bocina hablar desde la torre: "Ya veo al enemigo que se acerca a la ciudad. Llevan ramos verdes delante, como para ocultar su llegada. Parece que llevan sobrepuestas ropas blancas".

"¡Ya se ha jugado a los dados y nuestra mala suerte está decidida!" gritó Adler a sus compañeros. "Moriremos como hombres y nuestro grito de guerra será «Nuestros niños». Entonces nuestros brazos no se cansarán, la espada y la lanza segarán más abundante cosecha y la muerte perderá su amargura".

Un grito salvaje de desafío se oyó de los enfurecidos ciudadanos que tenía eco en todas partes de la ciudad, aunque podía ver que el vigilante en la torre de catedral agitaba las manos y gritaba con todas su fuerza por la bocina. Con gran dificultad el presidente al fin logró imponer silencio para poder oír las últimas palabras del atalaya. ¿Y cuáles fueron estas palabras? "¡No es el enemigo! ¡Son los niños! ¡Los niños regresan! ¡Los niños están salvos y sanos!" Retintín, rebotaba la bocina sobre las piedras del atrio. Y el atalaya desapareció de su elevado puesto y se arrojó con velocidad peligrosa, bajando por el caracol angosto de la torre. La noticia se propagó como incendio por la ciudad: "Ya vienen los niños" se oyó por todos lados. ¡Qué mágico efecto efectuaron en un momento estas pocas palabras! Las piedras pesadas y los proyectiles de todas clases cayeron de las manos de los delirantes y enajenados ciudadanos. Lanzas, espadas, hachas y martillos fueron botados al suelo en confusión, chapopote hirviendo, asfalto, aceite y agua fueron dejados sobre la lumbre, descuidados. Las murallas fueron abandonadas y cada uno corría a la puerta por donde los niños habían salido. Manos temblorosas pero impacientes corrieron los pasadores y desataron las cadenas para bajar el puente. La puerta principal, tan ancha, no bastaba para las turbas que apresuradamente procuraban pasar. Cruzaron el puente con un ruido como de truenos lejanos. Corrieron como caballos desbocados las felices madres exclamando agitadamente: "¡Nuestros niños! ¡Nuestros niños!"

En la bajada opuesta ya aparecían las huestes de niños alegres, con sus ramos de capulines en las manos. Al encontrarse las dos corrientes de seres humanos, fueron perdidos de vista los capulines, para aparecer otra vez por un momento, al esforzarse los niños a conservarlos en el aprieto y confusión. Pero a pesar de todos sus esfuerzos no pudieron salvarlos y al fin desaparecieron.

"¡Niños míos! ¡Niños míos! los tengo otra vez, todos están aquí! ¿dónde está mi hijo? ¿dónde está el mío?"

"¡Mamacita, aquí estoy! ¡aquí estamos! ¡hay misericordia para todos nosotros!"

Tales fueron las voces que se oyeron medio ahogadas con abrazos, besos, y lágrimas de gozo.

"¡Vosotros, venid aquí a mí, a vuestra madre!" gritó la señora Lobo, buscando a sus pequeñuelos. "¡Aquí, mis niños! no puedo tardar para recordar todos vuestros nombres, pero quiero ver vuestras dulces caras. Aquí estás, mi Sarita! ¡bienvenido, mi precioso Rubén y ¿dónde está mi consentida Berta? ¡pobrecita! ¡mira nomás, estás chorreada de sangre".

"No es sino sangre de capulines" dijo Berta.

"Mamacita", dijo Juan, echando sus brazos al cuello de su mamá, "los Husitas nos trataron muy bien y cortaron grandes ramas de capulines para darnos".

"Sí", lamentaba Sara, "yo quería darles unos a tí y unos a papá y sólo me comí dos o tres capulines, pero en el aprieto todos fueron aplastados y por fin tuve que tirar la rama".

"Mejor aplastados los capulines que tú asesinada", gritó la señora Lobo, "¿pero, ¿dónde? ¿dónde está tu papá?"

"Aquí estoy, mi querida esposa", contestó Lobo, y haciéndose paso entre la muchedumbre la abrazó de todo corazón. "Dios nos libró de la mano de nuestro adversario. Los fieros Husitas se cambiaron en corderitos, mediante las súplicas enternecidas de los niños".

"Papá y Juan hicieron casi todo", dijo Berta, ',los demás no hicimos nada sino pedir misericordia unas pocas veces en voz alta".

"¡Cállense! ¡cállense!" dijo Lobo, "a Dios sea únicamente la gloria".

"Ya tenemos otra vez a nuestros niños", dijo la señora Schelle a la esposa del tamborista, y debemos abandonar nuestra vieja enemistad. Señora Stein, aquí está mi mano; si le perjudiqué, perdóneme; hoy es día en que todas debemos ser amigas".

"Usted tiene razon, señora Schelle", dijo la señora Stein cordialmente, "aquí está mi mano, de aquí en adelante seremos nosotras amigas".

"También nosotras" gritaron otras mujeres que antiguamente vivieron enemistadas.

"¡Cómo!" gritó Rebeca atónita, "¿tú estás aquí? Juanita! ¿Ya puedes andar con tu pierna coja? ¡qué milagro!"

"Mi papá me trajo", contestó Juanita, con lágrimas de gozo "y tuvo que dejarme aquí. La felicidad de verte otra vez y el emplasto del nuevo doctor, han hecho maravillas. Todavía no puedo pararme un largo rato sobre mi pierna, pero creo poder hacerlo muy pronto".

El presidente municipal acompañado del Consejo, se abrieron paso entre las alegres multitudes hasta llegar con Lobo.

"Lobo", dijeron, "¡Lobo nuestro libertador! ¡nuestro benefactor! ¡el más noble de nuestra ciudad! ¡gracias, gracias a tí y a los tuyos!"

"Favor de callar", dijo Lobo avergonzado, "a Dios solamente sea la gloria y alabanza. El metió el pensamiento en mi cabeza y lo bendijo con éxito. Soy nada más un instrumento débil e indigno". Sin embargo a pesar de su humildad, un gozo indecible iluminó los ojos de Lobo y se llenó su corazón con la más pura satisfacción.

"Oh, ¡qué lástima de nuestros capulines, tan buenos y tan dulces",

lloraban los niños, cuando se calmó la agitación, mirando tristemente los racimos tirados y aplastados.

"¿Qué dirían los soldados que nos los dieron, si supieran?"

"Tendréis más capulines, mis queridos niños", dijo el presidente consolándolos, "más capulines que podáis comer. Cada día 28 de Julio, habrá fiesta para los niños de Nuremberg, cuando comerán capulines, para que las futuras generaciones sepan de nuestra liberación y de la abnegación tan noble de nuestro diputado Lobo. Recibirá la libertad de la ciudad nuestro buen Schelle y será el encargado de los baños de Nuremberg mientras que yo sea presidente".

Todo mundo ahora se puso en movimiento para regresar a la ciudad. Stein se colocó a la cabeza, tocando el tambor mejor que nunca. Tocaron las campanas con más espíritu y energía que nunca, y la muchedumbre alegre entró por las puertas de la ciudad, entre los "vivas" de los ciudadanos. Lobo el tejedor, modesto y humilde, no sabía qué hacer, ni para dónde mirar cuando miles y miles de sus conciudadanos agradecidos, le saludaron con sus sombreros y sus pañuelos, gritando "¡Dios te bendiga! ¡que viva nuestro Libertador!

Por varios siglos, los niños de Nuremberg guardaron la fiesta del aniversario de su maravillosa salvación, yendo en formación el 28 de Julio de cada año al lugar donde el campamento de los soldados había estado. Donde, en vez de haber tiendas militares, había una arboleda cargada de capulines. En su sombra templada y agradable, los niños se divertían con juegos, música, pasteles y capulines.

Si en la actualidad esta costumbre antigua ya no se observa, es nada más otra prueba melancólica de lo transitorio que es todo lo mundanal.

¡Que el recuerdo de Lobo, el ciudadano de noble corazón y de elevado espíritu, listo para sacrificarse no sólo a sí mismo, sino a todo lo que más amaba, en pro de los demás ciudadanos, sea un estímulo a todos nosotros, para sacrificarnos de la misma manera, para el bien de los demás.

FIN.

NOTA

La historia que terminó, sin duda ha sido leída con interés y aprecio por nuestros lectores y será tal vez útil agregar unas cuantas notas históricas para aclarar las circunstancias de este relato verídico.

Se habrá notado que se trata de un incidente verificado hace algunos siglos, antes de la gran Reformación del siglo XVI; y es una prueba de que, a pesar de la obscuridad, la ignorancia y la superstición de la Edad Media, hubo verdaderos cristianos que a despecho del ambiente desfavorable en que vivían, manifestaban un carácter netamente Cristiano, de acuerdo con los preceptos del Salvador. Lo que caracteriza al Catolicismo en la actualidad, es decir: la confianza qno se tiene en la mediación de la Virgen Madre de Jesús, devoción a imágenes, adoración de reliquias, confianza en los sacramentos y una subyección abyecta a la autoridad Sacerdotal y la esperanza lúgubre de un purgatorio, no tienen lugar en la narración.

La familiaridad de Lobo con las Santas Escrituras, la consolación que le dieron a las promesas Evangélicas, la confianza inquebrantable en el amor de Dios y la Fe tan tranquila en los méritos del Salvador revelan que Lobo era un verdadero Cristiano Bíblico.

El ejército de los Husitas, que amenazaba con la destrucción de la ciudad de Nuremberg, se había organizado para vengar la muerte de Juan Huss, el Reformador de Bohemia. Es bien conocido que éste fue citado a comparecer ante el Concilio de Constancia y fue ahí, protegido por el Salvoconducto del Emperador Segismundo. Habiéndose encontrado en los escritos de Huss, las Doctrinas Evangélicas, que somos salvados por la gracia, y por fe en la sangre del Salvador y que nuestras buenas obras de ninguna manera tienen méritos para salvarnos, el partido Clerical de la Iglesia Romana insistió que no se debía respetar ninguna promesa hecha a un hereje, y lograron persuadir al Emperador, a invalidar el Salvoconducto y condenar a muerte a Juan Huss, y efectivamente el día 6 de Julio de 1415 fue quemado vivo en la Plaza Pública de Constancia.